


Accessions
Shelf No.
D.159.6
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI
BOSTON PUBLIC LIBRARY
FROM THE
Ticknor Fund.
Recd.



NUEVAS PÁGINAS.

NUEVAS PÁGINAS

SECRETOS ÍNTIMOS

QUE CON EL MAYOR SIGILO SE CONFIAN

Á TODO EL QUE QUIERA SABERLOS

POR

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO

S. H. G.

MADRID

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION

calle de San Agustin, núm. 12

1864.

IMP. DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

EL MUNDO.

—

I.

Hay una época todos los años en que la parte brillante y ligera de este pueblo, movible como el mar y mudable como una mujer, sale precipitadamente por todas las puertas de la poblacion, arrojándose fuera de Madrid y alejándose en todas direcciones como parten y se alejan del foco de su luz los rayos de una estrella.

Es curioso ver cómo marchan hácia todos los puntos del horizonte series continuadas de familias, seguido cada individuo de ese segundo y variado *yo* que las mujeres llevan en su *mundo* y los hombres en su maleta.

Esta general romería se hace en obsequio

de esa divinidad caprichosa y voluble que se llama *Moda.*

Toda esa caravana del lujo, de la ociosidad y de los placeres, vuelve lo mismo que se va; cada hombre con su maleta debajo del brazo; cada mujer con su *mundo* á la espalda.

Ahora estamos todos aquí juntos y unidos por los frios lazos del invierno, formando este agitado conjunto que se llama vida, este revuelto laberinto que tambien se llama *mundo.*

¡Mundo! Vosotras, pobres criaturas, que vivís encerradas entre las cuatro tapias del pueblo en que habeis nacido, como las perlas en el estrecho recinto de las conchas en que se ocultan, no sabeis lo que es el *mundo.*

Las montañas se levantan por una parte mostrándoos las agrias pendientes que surcan sus anchurosas faldas, como si quisieran detener vuestras miradas, recogerlas y dirigirlas hácia las cumbres por donde el dia asoma ó donde el sol muere.

Para mirar la montaña que nos cierra el paso hay que levantar los ojos; y siempre que los ojos se levantan, la mirada del hombre se encuentra con el cielo.

Por otra parte el valle se hunde cortando

el terreno en surcos profundos que se abren delante de vuestros piés, como si quisiera obligarlos á doblar la cabeza bajo el peso de tristes meditaciones.

La tierra, abriéndose de repente delante de vuestras plantas, parece que os quiere decir «yo soy un abismo.»

Más allá el rio, precipitándose impetuoso por las gargantas de la sierra, desgarrado por los peñascos que le salen al encuentro, tiende sus aguas limpias y cansadas, buscando inútilmente un reposo que no ha de hallar, y gimiendo unas veces y bramando otras, sigue su camino como un viajero condenado á no detenerse nunca.

Las aguas, que forman un ancho rodeo, dibujan en ondas suaves los graciosos contornos de las huertas como la franja de plata que forma el caprichoso feston de un manto verde.

Delante de vosotras abre sus brazos como si quisiera deteneros: él os sale al encuentro y os grita: ¿dónde vais?

Sitiadas por la naturaleza, os encontrais detenidas dentro del espacio formado por la montaña, por el valle y por el rio.

¡Pobres criaturas! ¿Qué sabeis vosotras lo que es el mundo?

Vuestra ignorancia sólo os permite ser buenas hijas, buenas esposas y buenas madres.

Cantais por las mañanas, rezais al caer el sol, y bailais los domingos delante del átrio de la iglesia, porque vuestras honestas alegrías son tan agradables á los ojos de Dios, como vuestras humildes oraciones.

Teneis unos espejos en los que comprobais todos los dias la belleza de vuestros semblantes, y la sencilla pureza de vuestras almas.

Os mirais en los ojos de vuestras madres, de vuestros esposos y de vuestros hijos; os mirais tambien en el espejo siempre limpio de vuestra conciencia.

Vuestros adornos son siempre de moda.

Teneis la sonrisa de la alegría; bello adorno fabricado y tejido en el taller de vuestro propio corazon.

Sois gallardas, como el álamo que se cria al sol y al viento.

Cada estacion os ofrece una flor fresca, risueña, acabada de hacer, viva y brillante para que adorneis vuestros cabellos.

El trabajo, la virtud y la inocencia os proporcionan los dos encantos más bellos de la mujer: la alegría y la salud.

Vuestros cosméticos son el sol que ilu-

mina vuestros semblantes, el agua que refresca vuestras mejillas.

Vuestro aire es el aire de la montaña, suelto, apacible y bullicioso.

Cuando bajais al valle, cruzais la ribera ó subís á la montaña, todo os echa flores: la tierra, el monte, los granados, los almendros, los rosales y los tomillos.

Esta galantería podeis admitirla sin bajar los ojos; podeis admitir esos requiebros sin que vuestro rostro se encienda de pudor, ni palidezca de soberbia.

Podeis recoger esas flores que os arrojan al paso sin que vuestros hijos se avergüencen, ni vuestros esposos se ofendan, ni vuestros padres se aflijan.

La yerba-luisa y la malva-rosa os envian todas las mañanas y todas las tardes el silencioso saludo de sus perfumes, como si os quisieran decir: *aquí estamos.*

Las flores más tímidas no tienen inconveniente en bordar las paredes de vuestras casas; para ello no piden más que una gota de agua y un rayo de sol que el cielo cuida de darles.

Las enredaderas incansables trepan por las tapias, suben hasta vuestras ventanas, y allí cuelgan sus caprichosas redes, y moviendo

lentamente sus ligeras campanillas parece que quieren decir: *ahora sí que no te escapas.*

¿Y los pájaros? No os dejan vivir.

Ellos vuelan delante de vosotras, os siguen y os rodean porque para ellos sois unos amigos de confianza, unos vecinos de toda la vida: son vuestros convidados de todos los dias.

Cuando hace frio se meten en vuestras casas, comen vuestro pan, cuelgan sus nidos debajo de vuestros techos; y si los mirais, pian descaradamente como si dijeran: «aquí estamos todos.»

Al romper el dia abrís la puerta, y salen volando y diciendo: «hasta luego.»

Algunos se detienen, revolotean alrededor del nido que dejan oculto entre los palos que se cruzan sosteniendo el techo, salen y entran de nuevo, como si os quisieran decir: «cuidado con mis chiquitines.»

A las doce en punto ya están todos de vuelta; entran como en su casa, cantando; y si la mesa no está puesta, si el pan no está sobre la mesa, si no hay todavía ni una migaja por el suelo, se alborotan, van y vienen de un punto á otro, saltan y vuelan con tal inquietud, que claramente quieren decir: «Eh, ¿no se come en esta casa?»

Llega la primavera, y de cada puerta sale una nueva generacion de pájaros.

Parece que los árboles no esperaban otra cosa, y al instante empiezan á abrir sus flores y á cuajar sus frutos: los pájaros entónces no entran ya en las casas porque no salen de los árboles.

No hay manzana que no piquen, ni granada que no prueben, ni sementero que no escarben.

Bajan en bandadas á los sembrados, y allí nada respetan; ocultos entre la yerba que les *hace capa*, comen sin rechistar.

De pronto oyen un ruido sordo y un murmullo lejano, y el más listo grita: «arriba,» y se pueblan de pájaros las copas de los árboles que sombrean la huerta.

Es el perro de la casa vecina que se entretiene en asustarlos: ellos lo ven, y se dicen por lo bajo: «¡Qué bruto!»

El perro corre de un árbol á otro, salta, se empina, ladra, y al fin se aleja cabizbajo gruñendo estas palabras: «¡Qué pillos!»

Detrás del perro vienen las muchachas; los pájaros las ven y se arrojan á las puntas de las ramas más altas, como si quisieran verlas mejor: ellas vienen saltando y cantando;

los pájaros cantan y saltan tambien de un modo que de seguro quieren decir: «Ola, amigas, buenas tardes.»

En el verano se extiende entre ellos la voz de «á la era,» y desde ese momento no hay grano seguro. Van detrás del trillo como una escolta detrás de la carroza de un rey.

En el otoño echan sus cuentas tomando el sol sobre las tapias de los corrales; desde allí se descuelgan uno á uno como si tal cosa, se mezclan entre las gallinas con la mayor franqueza y pican y comen sin descanso.

Si el gallo se atufa, y erizando las plumas cacarea como quien dice: «¿qué es esto?» uno, cualquiera de ellos, le contesta en el acto: «calle usted, buen hombre, que todos somos hijos de Dios.»

Los pájaros son vuestros eternos huéspedes.

Vuestras casas están apiñadas alrededor de la iglesia, como los hijos alrededor de su madre.

Detrás de la iglesia está el cementerio: ese campo-santo, labrado por la muerte, está allí como un amigo que espera: sobre cada sepultura se levanta una cruz, sencilla porque es la verdad, negra porque es el recuerdo

de un gran luto, con los brazos abiertos porque es la señal de una gran esperanza.

¡Pobres criaturas! ¿Qué sabeis vosotras? Sabeis amar, sabeis creer, sabeis orar y sabeis morir.

Al nacer todos os besan, al morir todos os rezan.

Vuestra ignorancia es tal, que es preciso que el sol os diga la hora en que vivís, que las flores os adviertan la estacion que viene ó la estacion que se va.

Hé aquí cómo contais los años de vuestra vida:

—Esta tiene la edad de aquel manzano.

—Aquella nació al florecer por primera vez aquel almendro.

—Hasta que no vuelvan las golondrinas no puedo yo cumplir quince años.

—¿Cuántas veces se ha cubierto de rosas ese rosal? pues todos esos años vivo yo.

La campana de la iglesia, suspendida sobre vuestras sencillas cabezas, es la que os señala la hora del trabajo, la hora del descanso, la hora de la oracion y la hora del regocijo.

¿Amais? Todo el mundo lo sabe; no ocultais el amor porque no os avergüenza, y lo publicais porque os alegra.

Vivís como las flores, á la luz del sol y delante del cielo.

Por todas partes encontrais dulces recuerdos, memorias contínuas que vienen á hablaros de vuestro cariño, de vuestro respeto, de vuestra fe.

Yo os oigo decir:

—Aquel álamo lo plantó mi abuelo.

—Aquí, sobre esta ladera, se sentaba aquella buena anciana que nos enseñaba á rezar.

—A la sombra de este castaño, veia la campiña que no podia correr.

—Este relicario me lo puso mi madre al cuello el dia de mi boda: á ella se lo puso su madre el dia que se casó, yo tambien se lo pondré á mi hija.

¿Y esto es vivir? ¿Y estas criaturas, al cerrar los ojos por última vez, podrán decir que han visto el mundo?

¿Y la civilizacion y la sabiduría y el progreso ha de dejarlas en tan profunda ignorancia?

Yo os enseñaré un pequeño mundo, ese *mundo* que las mujeres de la civilizacion, de la sabiduría y del progreso llevan á la espalda al correr por el mundo.

Es un mundo sobre el que brilla el sol y el cielo de los placeres.

Es un paraíso en que la tierra es de seda y los rios de oro.

Dejadme unos cuantos dias, y yo os enseñaré ese *mundo* terso y brillante, lleno de rincones, de secretos y de oscuridades.

Aquí lo tengo como una joya encerrada en su estuche: otro dia abriremos el estuche y veremos la joya.

II.

El mundo es una bola.

Dentro del sentido vulgar de la última palabra del renglon que antecede, se encuentra contenida la definicion más exacta y más completa del mundo.

No hay más que llamar especialmente la atencion subrayando la palabra *bola*, para que se caiga en la cuenta de la expresiva significacion de esa figura.

Encierra la palabra *bola* una verdad física y una verdad moral.

Es á la vez una figura geométrica y una figura retórica.

Es una palabra doblemente intencionada.

El mundo es una *bola:* así lo pinta la astronomía despues de haber tendido sus sábias miradas por la redonda superficie de la tierra.

El mundo es una *bola:* así lo define la triste experiencia sacada del mismo mundo: el mundo es una *bola*, es decir, el mundo es una mentira.

Hay nombres que se salen del *Diccionario* como un desocupado se sale de su casa, y sin saber qué hacerse vienen despues de dar muchas vueltas á caer por gracia ó por capricho sobre ideas que no estaban aún perfectamente definidas.

Estos nombres penetran é iluminan el sentido de las cosas como un rayo de sol entra alegre y risueño en una habitacion alumbrada por la triste claridad de una lámpara.

Bola: hé aquí una palabra que ha estado rodando largo tiempo por la larga extension del *Diccionario,* sin descubrir la profundidad de su sarcástico sentido hasta que ha tropezado con el mundo.

De la misma manera el pedernal testarudo ocultó la chispa en sus entrañas duras y frias hasta que el acero tuvo la feliz ocurrencia de salirle al encuentro, ponérsele delante y herirle.

La chocante comunicacion del acero y de la piedra ha producido el luminoso descubrimiento de la chispa; de la relacion superficial del mundo con la *bola* ha saltado á nuestros ojos un rayo de luz.

Hé aquí cómo sin pasar de la superficie del mundo hemos llegado á su mayor profundidad.

El mundo es una mentira.

Para descubrir una mentira es preciso ahondar mucho; porque la mentira es una cosa cuyo secreto consiste en esconderse tenazmente detrás de todas las superficies de la verdad.

Es lo falso que mata á lo cierto y se cubre con su piel.

Los errores no serian temibles si no tuvieran la precaucion de echarse á la calle embozados en el manto de la verdad.

Decidme cómo podria pasar un duro de plomo, si ántes no se escondiera cuidadosamente dentro de todas las apariencias de veinte reales.

Habreis observado que me sirvo con frecuencia de la moneda para echar sobre mis pensamientos la claridad de las comparaciones.

Es el único despilfarro que me permito: cada uno tiene su lujo y yo tengo ese: dejo caer de vez en cuando una moneda para que la recoja el transeunte.

Yo conozco muy bien el espíritu literario y filosófico del mundo, y sé que en ninguna parte se fija la atencion con más empeño que en aquellas en que se ve el brillo ó se siente el sonido de un duro.

¿Con qué habia de convenceros más pronto y más victoriosamente que presentándoos el testimonio irrefragable, la prueba concluyente de veinte reales?

¿Se ve hoy algo en el mundo con claridad sin la ayuda de esa luz blanca y amarilla que brota del dinero?

Dice éste: «El porvenir está muy oscuro.»

Dice aquél: «No veo camino.»

Dice otro: «Mi suerte es muy negra.»

Los tres quieren decir una misma cosa; los tres dicen: «no tenemos un cuarto.»

¿No es el dinero el que nos hace abrir los ojos y cerrar las manos?

¿Qué hombre se atreveria á pensar siquiera sin consultar ántes el misterioso oráculo de su bolsillo?

¿Qué es un bolsillo repleto? una fortuna.

¿Qué es un bolsillo vacío? una desgracia.

Poned resueltamente la mano sobre el corazon de la época, que es el negocio, y decidme: ¿hubiera escrito M. Ernesto Renan su *Vida de Jesus* sin las sugestiones del interés, sin la tentacion de la codicia?

¿Cómo se hubiera empeñado en perder el tiempo, cubriendo con el velo de su falsa literatura la divinidad del Hijo de Dios, si no hubiera creido y esperado que iba á descubrir un rio de oro?

Gran especulador, ha conocido el inmenso valor de la joya que iba á poner en venta y ha contado de antemano los ignominiosos millones de su ganancia.

¿Quién habia de estudiar el negocio mejor que un sabio?

El mundo es así, y por eso os muestro un duro para que mireis; lo hago sonar para que escucheis; hablo en plata para que me entendais.

Basta que sea duro; no importa que sea falso, porque el dinero es la primera mentira del mundo.

Es el brillo con que está dorada esta *bola* que todos nos resistimos á tragar: es el sofisma á cuyo falso impulso *rueda la bola*.

Es el color, no el cuerpo; es la forma, no la esencia; es el aire, no la vida; es el medio, no el fin.

Es el color, porque se disipa; es la forma, porque desaparece; es el aire, porque se escapa; es un medio, porque jamás se llega á la posesion del último duro.

Formalmente no ha dicho nadie todavía «no quiero más.»

No es propiamente dicho una verdad; si lo fuera, lo seria igualmente para todos, y el dinero no es más que para los ricos.

Extraña verdad seria esa que todos la buscan con el mismo afan y sólo hay algunos que la encuentran.

El dinero es una apariencia que se deshace al primer mal paso de la fortuna, un poco de humo que se disipa al más ligero soplo de la adversidad, un brillo que se apaga con el solo contacto de la desgracia; es, en fin, la perspectiva de la suerte.

Esa es la primera ficcion con que el hombre tropieza al empezar á andar solo por el mundo: al soltar el apoyo de su madre que lo lleva de la mano, se agarra al dinero para no caerse.

Es una creacion del hombre, y como todo lo que el hombre crea, es falsa.

La verdad es la pobreza, la miseria universal.

Ved sino á todos los hombres agitándose, codeándose, empujándose, pidiendo dinero, buscando dinero, tomando dinero, como si el mundo no fuera más que un enjambre de mendigos.

El bolsillo no tiene medida.

Hé ahí la pobre medida de su valor: nunca es bastante.

Á todo el mundo le hace siempre falta un duro. ¿Os sonreís? Pues bien: arrojad un bolsillo en medio de la calle, y ved si hay alguien que no quiera recogerlo.

Hemos tomado á la codicia por riqueza, á la necesidad por satisfaccion.

¿Qué es dinero? Una cosa que siempre vale ménos de lo que cuesta, un artificio, una superchería, un engaño en el cual todos hemos convenido.

Estas son las puertas doradas del mundo que tengo delante. Para llamar á ellas, no hay más que golpearse el bolsillo; si suena, las puertas se abren de par en par; si el bolsillo no suena, las puertas permanecen cerradas.

Por ahí empieza este mundo que vosotras, pobres criaturas que vivís encerradas entre

las cuatro tapias de la humilde aldea en que habeis nacido, no conoceis.

Este mundo no ha salvado aún la montaña, el rio, el valle con que la naturaleza os tiene sitiadas como si fuera una madre que os rodeara con sus brazos para deteneros.

¡Pobres criaturas! Este manantial de oro no ha ido todavía á fecundar la tierra agradecida de vuestras graciosas huertas.

Esta brillante agitacion, demasiado ocupada, no ha podido ir aún á turbar la dulce paz de vuestra vida risueña.

Esta sabiduría no os ha enseñado aún á mentir y á engañaros.

Esta civilizacion no ha ido todavía á deciros cómo podeis aborreceros.

Este desesperado bienestar no ha podido aún ir á turbar la tranquilidad de vuestro trabajo ni el sosiego de vuestro sueño.

Esta riqueza no ha llegado aún á revelaros hasta dónde pueden llegar las angustias de la miseria.

Esta vida decrépita no ha podido aún robaros la lozanía de vuestra juventud, porque no ha podido manchar la limpieza de vuestras costumbres.

Esta ciencia no ha podido corromper toda-

vía vuestro corazon: esta literatura no ha conseguido aún extraviar vuestros sentimientos.

Este vicio fino, culto, ilustrado, áun no ha llegado hasta vosotras y no ha podido arrancaros las virtudes sencillas y cristianas que anidan en vuestros corazones, como los pájaros alegres anidan en las gallardas copas de los árboles que dan sombra á vuestras humildes viviendas.

Este es el perístilo del mundo que vosotras no conoceis.

Por esa gran puerta se entra en este gran mundo, donde los pájaros están prisioneros en preciosas jaulas, donde las flores son contrahechas ó viven encerradas en lóbregos invernaderos, creciendo tristemente al enfermizo calor de las estufas; donde cada jardin es un artificio, cada árbol un preso; donde la vegetacion risueña y espontánea huye deteniéndose á lo léjos como una paloma espantada.

Aquí, donde apenas se ve el cielo, nublado siempre por la soberbia sombra de nuestros magníficos edificios; donde el agua huye precipitada ó salta impetuosa, como si quisiera romper las ligaduras de piedra que la contienen; aquí, donde el aire ahoga y donde la

tierra es siempre ó polvo ó lodo; aquí, ¿qué habiais de hacer vosotras?

Sobre este lienzo se desarrollan los variados colores, la movible riqueza de esos pequeños *mundos* que cada mujer lleva á la espalda, como el saco donde el vicioso lleva sus vicios y el jorobado su joroba.

¿Abrimos uno de estos *mundos*?

Es tarde; la pluma se cansa, el papel se acaba, la luz se enturbia y el tiempo impaciente no quiere esperarse.

Al pié de estos renglones dejo colgada la llave de ese pequeño mundo: otro dia lo abriremos.

III.

El mundo: aquí estamos todavía, parados delante de esta palabra sin atrevernos á penetrar en las oscuras sinuosidades de su sentido.

Casualmente no tenemos prisa y podemos dar aún una vuelta por su variada superficie, ó sentarnos tranquilamente en el umbral de su misteriosa puerta.

Como los alegres convidados á los ricos festines de los poderosos, detengámonos un momento y murmuremos un rato ántes de entrar.

Por la actitud humillada con que el ser humano cae en el mundo bien puede creerse que viene arrojado, que ha caido despeñado

de una gran altura en castigo de algun gran delito.

En el mismo principio de la vida está el fin, de tal manera, que es absolutamente imposible morir sin haber nacido: se nace, pues, para morir; si la vida no es un tránsito no es nada.

En el mundo se entra de la misma manera que se sale. Nadie nace por su voluntad ni nadie muere por su gusto: no se sabe qué es lo que cuesta más trabajo si nacer ó morir: nacemos llorando y morimos afligidos: nadie ha dicho «yo quiero nacer;» nadie tampoco ha dicho formalmente «yo quiero morir.»

El suicidio no es un hecho en contra de lo que acabo de afirmar; porque ese pensamiento desesperado no se formula así en el alma sombría del suicida.

Él no dice, —aunque lo diga— «yo no quiero vivir:» en la palabra desesperacion encontrareis encerrado todo el secreto de su negro pensamiento: lo que él dice es: «yo no puedo vivir.»

Así se sale y así se entra en la vida, y la vida es el mundo.

Vosotras, pobres criaturas, que vivís en-

cerradas entre las cuatro paredes de vuestra ignorada aldea, teneis vuestras cunas al lado de vuestras sepulturas: vivís, por decirlo así, paradas al borde del cementerio, como si supierais que vivir no es más que esperar la muerte.

Para nosotros nacer es el acto contínuo de una máquina activa ocupada en surtir al mundo de esta materia elaborada que se llama humanidad.

Para vosotras nacer es un mandato divino.

Para nosotros vivir es un derecho y una grandeza; para vosotras es un deber y una prueba.

A nosotros nos sorprende la muerte como un acreedor inexorable cuya deuda no queremos pagar; vosotras recibís á la muerte como á una triste amiga cuya visita os está anunciada desde el dia que naceis.

La vida es un capital que se nos entrega en la cuna: vosotras lo empleais y nosotros lo derrochamos.

Entrar en el mundo es nacer; salir del mundo es morir; el mundo, por consiguiente, es el espacio comprendido entre el dolor de nacer y el pesar de morir.

¡Qué mundo este!

Hé aquí una exclamacion que está en todos los labios; amargo reproche, triste consideracion que se nos escapa en medio de nuestras ardientes alegrías.

Cae en el dulce vaso de nuestros placeres como una gota de hiel.

Esa amarga exclamacion tiene tambien su dulzura.

Cuando en medio de nuestros pesares exclamamos ¡qué mundo este! es que empezamos á consolarnos.

Entónces cae esa exclamacion en la amarga copa de nuestros dolores como una gota de miel.

Mas toda esta conversacion es demasiado triste para tenerla ante las puertas del mundo. Variemos, pues, el paisaje de nuestras ideas.

¿No habeis visto alguna vez á una niña llena de viveza y de alegría correr impaciente, ágil y ciega detrás de una mariposa?

Va, vuelve; torna á ir y torna á volver: sus piés menudos y ligeros trazan sobre la tierra tantos círculos, tantas vueltas, tantos giros como giros, vueltas y círculos dibujan sobre el aire las alas casi impalpables del codiciado insecto.

Diez veces ha sentido en sus mejillas como

un soplo el contacto fugitivo de aquellas alas finas como un encaje, brillantes como el oro y la seda, ligeras como el aire.

Veinte veces la ha cogido y veinte veces se le ha escapado: parece un desafío á muerte: la niña ni se cansa ni cede, la mariposa ni huye ni se deja coger: hay gritos de cólera, gemidos de impaciencia y quejidos de alegría; hay pasion, hay furia, hay vértigo.

No es siempre la niña la que busca á la mariposa, muchas veces es la mariposa la que busca á la niña.

Cualquiera siguiendo con los ojos este laberinto de vueltas, de movimientos, de saltos y de carreras, esta serie de emociones, unas veces porque la coge, otras veces porque se escapa, diria con la sonrisa en los labios:

—Ved ahí una niña que juega con una mariposa.

—Cierto: dirán cuantos lo escuchen; y, sin embargo, puede ser y es todo lo contrario.

Hay muchas cosas que tienen el derecho al otro lado de aquel porque se miran, que semejantes á los hombres suelen echarse la realidad á la espalda, llevando delante la superficie, la fachada, las apariencias.

Cualquiera que caiga en esto podrá decir:

—Ved ahí á una mariposa que juega con una niña.

Entre tanto la niña sigue invencible y la mariposa incansable.

Llega al fin un momento que parece decisivo.

La mariposa ha tomado espacio y elevándose hasta las copas de los árboles se ha perdido entre el follaje oscuro y espeso.

La niña suspensa la busca con sus inquietas miradas y no la encuentra. De pronto la ve venir silenciosa y cauta por debajo de las ramas como si quisiera sorprenderla.

Sus alas ya azules, ya carmesíes relampaguean en la sombra llenando el aire de caprichosas aguas de todos colores, se agita temerosa como una llama de nácar, de púrpura y de oro.

La niña abre sus brazos para esperarla, abre sus ojos para no perder ni uno de sus movimientos, y abre sus labios sonrosados para decirse á sí misma: «esta vez no se me escapa.»

La mariposa llega, la envuelve en una nube de círculos, roza sus labios, sus rizos, sus mejillas, sus párpados, golpea con sus alas

las manos de la niña, y se escapa majestuosamente como si quisiera decir: «estás fresca.»

¡Qué lástima! ¡qué desconsuelo! ¡qué rabia!

La mariposa va y vuelve, la niña vuelve y va. Las dos se buscan con nuevo encarnizamiento y las dos se encuentran.

Levanta la niña sus dos manos blancas, pequeñas y sonrosadas como dos mosquetas, y la mariposa pasa por entre las manos de la niña, como pudiera pasar por entre dos rosas.

Este sí que es el momento decisivo, el momento supremo.

La niña junta sus manos, y la mariposa queda al fin entre las manos de la niña.

¡Qué alegría! ¡qué saltos! ¡qué risas! ¡qué felicidad!

Aquí está preso, cogido el objeto de tantos afanes.

No se atreve á separar los dedos, y los aprieta temerosa de que el tesoro se escape.

Diez cabezas más ó ménos rubias, pero todas movibles y risueñas, rodean con impaciente curiosidad aquellas manos que han sabido coger tan codiciada joya.

Diez cabezas de niñas, esto es, diez botones de rosas que se empiezan á abrir.

Van á ver los matizados colores de sus alas,

van á tocar sus bordados de oro, van á examinarla, á besarla, á poseerla.

Se toman serias precauciones para el caso de una fuga. Todas las manos se levantan escalonadas estratégicamente alrededor del prisionero, como centinelas colocados para hacer inútil cualquiera tentativa de evasion.

Cada una de aquellas manos está deseando que el preso se escape para que sea á ella á quien le toque detener al fugitivo.

Al fin la niña empieza á separar poco á poco sus manos fuertemente apretadas: la curiosidad se aumenta, la impaciencia crece y las precauciones se doblan: la curiosidad se pinta en todos los semblantes y la inquietud en todas las miradas.

Hay un momento de profundo silencio y de completa inmovilidad; ese silencio y ese reposo que preceden siempre á los grandes sucesos.

Al fin las manos de la niña se abren, una exclamacion general resuena en el corro; la curiosidad desaparece, las manos se bajan, las precauciones se abandonan.

La mariposa no es mariposa, aquellas alas no son alas, aquellos colores no son colores; la niña muestra en la suave palma de su me-

nuda mano un gusanillo aplastado, un poco de polvo que apenas brilla á los rayos del sol; nada.

La curiosidad se convierte en descontento, la animacion en abandono, la alegría en tristeza.

—¡Qué chasco!

Hé ahí la vida, ese es el mundo.

Desengaño es una palabra sólida, pesada, grave, que cae á plomo sobre nuestro corazon y lo oprime con el peso de una montaña.

Desengaño es una voz seca y fria que se encuentra al fin de todos los placeres, de todas las satisfacciones, de todas las vanidades. Siempre que se nos acerca, nos dice: «Todo aquello era mentira.»

Cualquiera que llegue aquí mirará con desden todo lo que llevo escrito y encogiéndose de hombros y alargando el labio inferior y entornando los ojos, dirá: «Una niña y una mariposa. ¡Vaya un par de personajes para enseñarnos el mundo!»

Ese cualquiera tiene razon.

Llamemos á esa vieja incansable que todo lo averigua y todo lo sabe, y cuyo nombre es unas veces sabiduría de los hombres y otras ciencia humana.

Aquí está.

—¿Qué sabes tú?

—Si me preguntais por lo que quiero saber, os diré que todo; si me preguntais por lo que sé os contestaré que nada.

Hay que creerla porque así sólo puede hablar la sabiduría.

¿Qué es lo que la ciencia sabe comparado con lo que ignora?

Sabe que la vida empieza por un misterio y acaba por un misterio, que se encuentra encerrada en el estrecho paréntesis de dos oscuridades.

La ciencia sabe lo que le sería imposible ignorar; no posee el principio de nada, ni el fin de nada; es una vieja que se entretiene tambien en coger mariposas.

Es una luz que no sirve más que para mostrar claramente la espesa oscuridad que la rodea.

Digámoslo de una vez: no hay más horizontes que los del cielo.

Ahora llamemos á la puerta y entremos en el festin: la puerta es la vida y el festin es el mundo.

—¿Entramos?

—Esperad: es un gran mundo que encierra

muchas curiosidades, que guarda muchas riquezas, que oculta muchos secretos, y vosotras, pobres criaturas, os perderiais en él. Vosotras no sabeis que aquí se pierde todo. Echad una ojeada desde el umbral, y otro dia pasaremos adelante.

IV.

Cada uno lleva un mundo en su corazon, lo mismo el jóven que el viejo; y este mundo es unas veces «mañana» y otras veces «ayer.»

Hay un momento en que se dobla la vida como una esquina, y entónces dejamos la calle de las esperanzas y tomamos la calle de los recuerdos.

Es decir, que la vida se acaba ántes que el hombre; así que consumimos la última esperanza volvemos atrás, solamente que desandamos el camino por la otra calle.

Eche cada uno la sonda de su curiosidad en el profundo mar de sí mismo y se encontrará con un abismo que no tiene medida.

Y sin embargo, el hombre es una casa tan estrecha que apenas cabe dentro de sí; la vida

exterior es tan espaciosa, tan rica, tan bella, que no hay más remedio que echarse á la calle ó pasar el dia asomados á los balcones de nuestros ojos.

El mundo se tiende á nuestros piés como un esclavo, y se abre á nuestras miradas como un panorama interminable; sus atractivos nos deslumbran y su loca alegría nos arrastra.

¿Habeis visto un diamante? pues bien, detrás de las aguas de luz con que se viste, no hay más que un poco de tierra cocida.

La luciérnaga es una luz pálida y limpia detrás de la que se oculta siempre un gusano.

Vosotras, bellas criaturas que pasais la vida asomadas á la ventana de vuestros encantos; que todo lo mirais desde la altura de vuestros adornos; que ahogais sobre las alfombras el ruido de vuestros pasos, como si quisierais ocultarle al tiempo que vais andando por la vida; que teneis por templo el tocador, por altar un espejo, por divinidad vuestra propia hermosura; vosotras sabeis lo que es el mundo.

No sois la perla escondida; sois la perla engastada.

No hay una escalera suntuosa que no lleve hasta vuestros piés su último peldaño y os

diga: «subid;» no hay una joyería que no salga al paso de vuestras miradas y no os diga: «Tomad;» no hay aparador que no se cubra diariamente con todos los caprichos de la moda pasa deciros al pasar: «Todo esto es vuestro.»

Pasais por la tierra dejando un rastro de perlas, de encajes y de seda.

Parece que los vínculos que os unen á la vida no son más que esos lazos con que trenzais vuestros cabellos, ceñís vuestras cinturas ó sujetais los abundantes pliegues de vuestros vestidos.

Teneis la dulce palidez de vuestros semblantes encerrada en un vaso de cristal ó de china primorosamente fabricado, y guardais el suave carmin con que el pudor tiñe las mejillas de vuestra juventud interminable en el fondo perfumado de un precioso tarro de porcelana.

Todo lo sabeis: sabeis mirar; sabeis sonreir, sabeis brillar.

Vivís prendidas á la vida como un adorno.

Si la inocencia fuera de encaje, la modestia de raso, la honestidad de oro y la virtud de brillantes, seriais un verdadero tesoro de inocencia, de modestia, de honestidad y de virtud.

Vosotras habeis ensanchado interminablemente los horizontes de la vida rodeándoos de espejos; al fin del camino que seguís está siempre vuestra imágen, teneis constantemente delante de los ojos una bella perspectiva: vosotras mismas.

Vuestra propia hermosura os sale contínuamente al paso para sonreiros con toda la gracia de la vanidad satisfecha.

Os conoceis con esa seguridad que da el trato íntimo y contínuo; sabeis perfectamente qué color anima más vuestros semblantes, qué rizo se destaca mejor sobre el alabastro de vuestras frentes, qué adorno es el que dobla la gracia de vuestras movibles cabezas y hace más brillantes vuestros cabellos castaños, negros ó rubios.

Sabeis cuál es la sonrisa más graciosa, la mirada más interesante, el ademan más distinguido.

Poseeis el gran secreto del mundo; teneis la gran intuicion de una gran filosofía; sabeis lo que os conviene descubrir y lo que os conviene ocultar.

Sumais vuestros encantos como un avaro sus monedas; tapais vuestras imperfecciones como un hipócrita oculta sus vicios.

Unos dientes hermosos bastan para vuestra alegría; os sonreireis hasta con las lágrimas en los ojos; y si la tristeza os hermosea sereis capaces de estar eternamente tristes.

Aplicais el llanto y la risa á vuestra belleza como dos cosméticos encargados especialmente de realzar vuestra hermosura.

Vuestras madres temen, vuestros esposos desconfian, vuestros hijos dudan.

Habeis hecho de vosotras mismas un peligro constante á vuestra honestidad, un escollo contínuo á vuestra virtud, y un recelo permanente para los que os estiman, para los que os respetan, para los que os aman.

Marchais delante como los estandartes de esta procesion majestuosa; la turba os empuja y os admira, la murmuracion os sigue, la envidia os espía y la lisonja os muerde.

Cruzais las calles y la multitud os abre paso; todos los ojos os miran y todas las bocas os insultan; dejais en pos de vuestro paso un murmullo de equívocos, una nube de insolentes miradas: las flores que os arrojan al semblante llevan siempre una espina que va derecha á clavarse en vuestro decoro.

Vosotras no lo advertireis, pero cada requiebro es un desprecio: gozais en que os

humillen; si os admiran, ¿qué importa que os insulten?

Hay mujeres que van por la calle con la cabeza alta, la mirada serena y el aire ufano, que dicen á todo el que se encuentran: «por aquí van mis vicios.»

Hay otras que atraviesan las calles con la cabeza erguida, la mirada desdeñosa y el aire satisfecho, que van diciendo: «por aquí voy yo.»

Vosotras no sois las primeras, pero ¡qué fácilmente podeis llegar á serlo!

¿Y qué sois? Una mentira engalanada con los adornos de la verdad; una triste alegría, un sofisma como el de la belleza, una paradoja como la del placer, un brillo como el de la ciencia, una ilusion como la del dinero: pura perspectiva.

Sois la percha donde el lujo cuelga sus fugitivas invenciones, el aparador donde el comerciante muestra sus telas, joyeros donde Pizzala expone sus alhajas.

Vuestras cabezas son los moldes de vuestros peluqueros, vuestros talles el *patron* de vuestras modistas, búcaros donde los floristas muestran al público los frios artificios de sus rosas de linon, de sus claveles de ter-

ciopelo, de sus hojas de tafetan, de sus ramos de seda y alambre.

¿Qué sois? Vasos de barro frágil desde donde el perfumista anuncia al público que aspira vuestra belleza, las más delicadas combinaciones de sus exquisitas esencias.

Sois el lujo; esto es, la gran mentira de la civilizacion, la gran miseria de nuestros tiempos.

No sois hijas, no sois esposas, no sois madres; no sois más que bellas, jóvenes y elegantes.

Pensais en el aderezo de ayer, soñais con el vestido de mañana.

El reloj de jaspe y de oro que late apresuradamente sobre el mármol de la chimenea de vuestro tocador, como si le faltara tiempo para vivir, os está gritando á cada momento: «Al teatro, al baile, al coche, al salon.»

El amor es la gran pasion de vuestra alma: ese amor íntimo, profundo, que nos encadena á nosotros mismos, que dura toda la vida: el amor propio.

¿Qué buscais en la sociedad? La admiracion. ¿Qué encontrais en la familia? ¡Ah! los hijos molestan, los maridos fastidian, las madres ya son antiguas.

Teneis pudor, cierto; ese pudor que os hace ocultar todo lo que os afea.

Oid un cuento histórico.

Alrededor de la mesa de un café discutian varios jóvenes acerca de la hermosura de una dama famosa.

Cada uno exponia á la admiracion de los demás el encanto que más habia herido su deseo en el bello conjunto de aquella hermosa criatura.

Sobre el mármol frio de aquella mesa, se estaba haciendo la ardiente autopsia de una mujer encantadora.

El entusiasmo iba creciendo como las aguas de una inundacion.

La mujer que lea estos renglones, experimentará probablemente cierta envidia al ver que no es ella el objeto de tanta admiracion.

Entre los circunstantes, habia un jóven recien venido de provincia que escuchaba con indiferencia aquella ruidosa tempestad de alabanzas. Otro sorprendido de aquel silencio le dijo:

—¿Usted no sabe de quién se trata?

—Sí lo sé, le contestó.

—¿Pero usted la conoce?

—La he visto una vez.

—¿Dónde?

—En el teatro.

—¿Y no le parece una mujer verdaderamente admirable?

—Segun, le contestó, desnuda no me gusta.

Admirable mujer esa: estaba dispensada de todo pudor, porque no tenia ninguna imperfeccion que tapar.

La que despues de leer estos renglones sienta en su alma la pena de no ser el objeto encantador de tantas alabanzas, hagámosle justicia asegurando que debia serlo.

Vosotras teneis tambien profundos dolores: la primera cana y la primera arruga os cuestan muchas tristezas.

Las demás penas de la vida las llorais con lágrimas de oro.

Sobre el cadáver de vuestro hermano, de vuestro padre ó de vuestro hijo echais el suntuoso llanto de un magnífico entierro y enjugais vuestras lágrimas con el soberbio sudario en que haceis envolver sus restos.

¡Qué dolor tan elegante! ¡Qué pena de tan buen gusto! Y si el luto os cae bien ¡qué consuelo!

Morís, preciso es confesarlo, como las

flores, dejando en pos de vuestro camino un mundo de hojas marchitas: vuestro guardaropa esparcido sobre la tierra.

Dejais el recuerdo de vuestros ricos vestidos, la memoria de vuestras últimas joyas, la imágen vaporosa de vuestra exquisita elegancia.

Este es el mundo.

Vosotras lo habeis encerrado en el estrecho recinto de cuatro tablas: llamais *mundo*, con perfecta exactitud, á ese inmenso baul que llevais siempre á la espalda en vuestra brillante peregrinacion sobre la tierra. Dentro llevais vuestro corazon.

Abrámosle.

—¿Qué hay en él?

—Todo: seda, oro, diamantes.

—Nada: cuatro adornos, cuatro piedras y cuatro trapos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y ese es el mundo?

—Ese.

Al llegar aquí tirais el libro con enfado diciendo: «Todo eso es mentira.» Es decir, que sois así sin saberlo ó sois así sin quererlo ser.

Sois muy hermosas y no quereis creer en la exactitud del espejo que os retrata tan feas. Esto es natural.

¡Con qué ceñuda admiracion preguntareis!

—¡Ese es el mundo!

Todos os dirán:

—No.

Dentro de vosotras hay una voz que no quiere engañaros: preguntádselo con sigilo y ella os dirá en confianza.

—Sí, ese es el mundo.

AÑO NUEVO

—

I.

Antes de pasar los umbrales del año que se nos viene encima, seria conveniente resolver una cuestion siempre antigua y siempre moderna, que se ha suscitado, digámoslo así, incidentalmente, nada ménos que en el Parlamento.

Los términos del problema se ofrecen á nuestra consideracion encerrados dentro del curioso espacio que hay siempre entre dos interrogaciones.

El secreto, pues, se nos acerca con cierta malicia burlona, y nos pregunta: ¿qué tiempos son mejores, los pasados ó los presentes?

La pregunta se descuelga con una oportunidad incontestable; porque á nadie se le oculta que nos encontramos á fin de año: y que convendria saber si nos conviene apechugar con el año que se acerca, ó contratar de nuevo al año que se va para servirnos de él otros doce meses por lo ménos.

Demos una vuelta alrededor de la cuestion ántes de entrar en ella para que veamos donde nos vamos á meter.

Si los tiempos pasados son mejores que los presentes, lo primero que se ocurre es pararse y ver si se puede volver atrás; pero si los tiempos presentes son mejores que los pasados, lo que se ocurre á primera vista es la conveniencia de no seguir adelante para no derrochar en cuatro dias el codiciado capital de estos preciosos tiempos.

Por este lado la averiguacion es inútil, porque ya de un modo, ya de otro, lo que parece más conveniente es echar pié á tierra y plantarse, como sábiamente hacen todas las mujeres que han cumplido treinta años.

No obstante, es preciso despejar la incógnita porque urge saber si hemos sido unos sabios naciendo ahora, ó fuimos unos tontos no naciendo ántes.

La primera observacion que me tira de la levita es esta:

«Los tiempos pasados no han debido ser muy buenos, por la sencilla razon de que han durado muchos siglos, y todo el mundo sabe que lo bueno dura poco.»

Pero me sale al encuentro otra reflexion, y guiñándome el ojo con profunda malicia, me dice:

«Los tiempos presentes deben ser muy malos, porque todo el mundo anda buscándoles salida como si nos hubiéramos metido en un mal paso.»

Y es verdad: no hablaríamos tanto de lo que está por venir, si lo presente fuera á nuestros ojos siquiera medianamente bueno. Si *mañana* es una esperanza, *hoy* debe ser una desgracia.

Al mismo tiempo obsérvese la tristeza con que se descuelgan las siguientes palabras:

«La humanidad tiene que ser jóven ó vieja: si es jóven no querrá pasar de la juventud; si es vieja querrá volver á ella.»

«Cuanto más anda el hombre en la vida, más se acerca á la muerte; de manera que nuestra esperanza es el fin del mundo. A pesar de esto, nadie quiere atrasarse; los que mé-

nos pedimos, deseamos siquiera salir del dia.»

Es verdad que los tiempos pasados no hay por donde agarrarlos; y esto es claro, si se hubieran podido coger no se habrian ido.

Tomando el asunto desde su principio, vemos que nuestro padre Adan lo hizo todo lo peor posible, legándonos una herencia cuya posesion nos cuesta sudores de muerte.

Y hé ahí la primera operacion de crédito que se hizo en el mundo: él realizó un empréstito que nosotros pagamos. Este es el principio de ese recurso con que se han enriquecido los Estados modernos, y que se llama deuda flotante.

Pero consideremos que si nosotros somos mejores que nuestros padres, hay una inícua injusticia en el órden de sucesion.

Yo pregunto: si fueron inferiores á nosotros ¿por qué van delante?

O de otra manera: si somos mejores ¿por qué vamos detrás de ellos?

¿Será que la humanidad ha empezado por el fin?

Yo me horrorizo cuando desde el punto elevado de la historia en que nos encontramos, vuelvo la cabeza y echo una ojeada hácia atrás.

¡Qué bárbaros! En Sagunto y en Numancia se degüellan unos á otros por no ser ciudadanos de Roma: ellos mismos incendian sus ciudades para alumbrar el vuelo triunfante de las águilas romanas, y alfombran el camino por donde pasan las legiones invencibles con la púrpura de su sangre.

¡Parece mentira! Siete siglos emplean en arrojar de España las huestes agarenas, y pasan siete generaciones estúpidas haciéndole la cruz á los moros.

Se les ocurre llamar sabio al rey D. Alfonso porque tuvo la humorada de hacernos unas cuantas «partidas» que áun no hemos podido olvidar.

¡Qué tiempos, santo Dios, serian aquellos en que era el modelo de los hombres ese brutal personaje que ha llegado hasta nosotros bajo el nombre de Cid!

¡Qué idea debia tenerse entónces del soldado, del súbdito y del hombre!

No comprendo qué interés pudo tener Isabel la Católica en venir al mundo en tan triste época.

¿Y qué debemos pensar de Cervantes? ¿Cómo pudo caber tan grande ingenio en tan estrechos tiempos?

¿Y ántes? ¡Qué insensatos! Colon descubre la América, y Hernan Cortés conquista á Méjico.

Llega un tiempo en que nuestros padres esclavizados pierden hasta el derecho de dormir de noche, porque el sol no encuentra horizonte donde ponerse en los dominios de España.

Al fin se acerca el dia en que esos tiempos van á pasar al sepulcro de la historia, y nuestros padres hacen su último esfuerzo y firman su testamento con esta rúbrica bárbara: Dos de Mayo.

¡Imbéciles! ¿Qué nos han dejado? Nada: la primera historia del mundo.

¡Qué tiempos! nadie diria que habian de venir á desembocar en estos.

Digámoslo con orgullo; no parecemos hijos de nuestros padres.

Los tiempos presentes ¡qué diferencia! No tenemos el oprobio de Numancia ni de Sagunto, no en siete siglos, sino en siete meses, hemos arrojado á los moros, no de España sino de Tetuan. ¡Las partidas! Nosotros tenemos partidos. Nuestro Cid es más que un hombre, es un banquero. No hemos conquistado á Méjico, cierto, pero hemos adquirido á Santo Domingo.

Es preciso acabar de una vez con esa preocupacion que nos hace creer que «todo tiempo pasado fué mejor,» porque en ese caso el progreso humano resultaria en razon inversa, y vendriamos á parar al absurdo inadmisible de que las últimas generaciones están condenadas á ir á la cola de la humanidad.

Somos mejores que nuestros padres; pero esto tiene una dificultad que merece pensarse.

¿Debemos declararnos incluseros para no cargár con la vergüenza de nuestro orígen? Veamos.

Bajo ese punto de vista preciso es que nos detengamos ántes de entrar en el año nuevo, para que el presente no deje de ser el mejor de los años. Está en nuestro interés y en nuestra dignidad.

Ahora comprendo la profunda sabiduría con que las mujeres se quitan años. Lo hacen como quien dice: «no tengo nada que ver con los tiempos pasados.»

Es una cuenta corriente en la que toman tanto de lo que llega como dejan de lo que se va.

Las cosas, por una razon incontestable de adelanto, van siendo malas segun se van

alejando de nosotros: para ser buenos es preciso que nos paremos.

Pensemos bien el caso crítico en que nos encontramos. Si seguimos adelante, vamos á comprometer todo lo que hemos ganado.

Si hemos conseguido llegar á ser mejores que nuestros padres, no debemos pasar de aquí, porque mañana seremos peores que nuestros hijos. Como padres, no podemos admitir semejante injuria.

—¿Qué quiere decir año nuevo?

—Quiere decir que el otro ya es viejo.

En tal situacion es imposible parar el carro, porque detenernos aquí seria tanto como no salir de la antigüedad.

Hay algo de precipitado en este viaje. Doce meses le bastan á un año para volverse viejo. No tenemos tiempo que perder: resolvamos la cuestion.

La cuestion seria difícil de resolver si no estuviera ya resuelta: el año es nuevo pero los dias son viejos; los doce meses que se van son los mismos doce meses que vuelven.

Desde que se descubrió el nuevo mundo no hay nada nuevo.

La antigüedad se repite delante de nos–

otros como una vieja disfrazada de niña: todo lo ha dicho y todo lo ha hecho.

Con los sucesos ocurre lo mismo que con los hombres, vienen por generaciones: cambian de nombre, pero siempre son los mismos.

¿Qué es un hombre más que la repeticion de otro?

Llamad á la Moda y preguntadle. Ya sabeis que la Moda no es más que la novedad.

Pues bien, aquí teneis una tela nueva, es de lana por ejemplo, clara ú oscura.

Todos la vemos y exclamamos: «¡qué cosa tan nueva!»

Recapacitemos: la lana es una materia conocida desde el sexto dia de la creacion del mundo, los colores son tan antiguos como la luz y la oscuridad es anterior al sol; la tela más maravillosamente tejida se remonta á los tiempos de Penélope.

Veamos otra cosa nueva: aquí hay un sombrero acabado de hacer. ¡Qué alas! ¡Qué copa! Digámoslo francamente: las copas son tan antiguas como los árboles y las alas tan viejas como los cuervos.

Pero vengamos á la novedad más caprichosa: aquí teneis un lazo admirable, verda-

deramente nuevo. Todos caen en él y ninguno cae en la cuenta.

Este lazo es una pobre imitacion de aquel que Eva compró á la serpiente por un tesoro de inocencia: es el mismo en que Adan cayó.

La tienda misma ¿qué tiene de nuevo?

Ella es una especie de paraíso; el comerciante una clase de serpiente, la mujer una continuacion de Eva, y el hombre un pobre Adan.

El mundo es ya una vasta prendería, en que todo es viejo hasta la misma juventud.

Lo único original que conocemos es el pecado, y cuenta ya seis mil años de fecha.

¡Año nuevo! No lo creais: os engaña: seis mil veces ha pasado ya por la tierra: es el mismo de siempre.

II.

Al llegar al último dia de Diciembre no puede uno ménos de pararse, tirar una línea por debajo del último minuto y sumar.

La cantidad que arroja esa operacion puede ser cualquiera de estas tres: un año, doce meses ó trescientos sesenta y cinco dias.

Esa cantidad puede anotarse ó entre las ganancias ó entre las pérdidas.

El tiempo es una de las cosas que más fácilmente se gana y se pierde.

Ganar tiempo es hacer que otro lo pierda.

Perder tiempo es lo que hacen todas las mujeres que han pasado de cuarenta años.

Por una rareza incomprensible, cuanto más tiempo se pierde más tiempo se tiene.

Hemos andado trescientos sesenta y cinco dias minuto á minuto, sin descansar ni un

momento: hemos comido andando; andando hemos dormido.

Si hubiéramos podido detenernos un momento, no nos encontrariamos ahora en el último instante de este año que se nos escapa.

El tiempo es un reloj cuyas agujas somos nosotros, que vamos siempre de hora en hora, de año en año.

Esta suma de meses se nos presenta de un golpe, y nos dice: «Un año más.»

Hé aquí una noticia que seria verdaderamente agradable si no quisiera decir: «Un año ménos.»

Tenemos á la vista un año que va á cumplirse, y que podemos sumar y restar á la vez sin que sufra alteracion la cantidad que buscamos.

Digan lo que quieran las matemáticas, esas viejas curiosas que todo lo averiguan, *más* es enteramente igual á *ménos*.

Al ajustar la cuenta nos encontramos con que la fórmula es indiferente para la exactitud del cálculo.

Esto es muy curioso.

Un hombre emplea todo su tiempo en adquirir cuarenta años de vida, por ejemplo; se le ocurre un dia hacer un arqueo sobre este

capital tan penosamente ganado, y se encuentra con que los cuarenta años los tiene de ménos.

Uno toma su partida de bautismo, cuenta los años, suma y dice:

—Un año más de vida.

Otro hace la misma operacion, y saca en limpio este resultado opuesto:

—Un año ménos de vida.

En presencia de estos dos resultados, cualquiera, valiéndose de otra fórmula tambien matemática, dirá:

—Es igual.

Más, ménos, igual.

Hé aquí tres términos que en la cuenta de la vida forman una combinacion verdaderamente absurda.

El problema se plantea y se resuelve así:

Más, igual, ménos.

O de otra manera tal vez ménos matemática, pero más gramatical:

Más es *igual* á *ménos.*

Hé aquí por qué sobre el tiempo no se puede fundar cálculo ninguno.

La vida, matemáticamente considerada, es una unidad que la muerte reduce á cero.

Hay en las mujeres dos edades cuya ver-

dadera diferencia consiste en la diversa manera con que en cada una de ellas ajustan la cuenta de la vida.

A los doce años todas las mujeres suman.

A los treinta todas las mujeres restan.

Por esta doble operacion se ha llegado en Madrid á la felicidad de una juventud perpétua.

Con los años que se quitan las viejas se hacen mujeres las niñas.

Es posible que la vida sea un camino muy corto; pero yo lo que observo es que todos caen desfallecidos al llegar al término de ese camino.

Todo es misterioso en este asunto.

El afan de vivir no es más que el afan de dejar la vida.

Ajustada bien la cuenta, resulta que el tiempo es una inmensidad de la que no puede disponer el hombre más que de un minuto.

Ese minuto en el que puede decir: vivo.

Por cada uno que nace se abre un libro de caja: el *Debe* se va llenando poco á poco, mientras el *Haber* permanece en blanco.

Llega la muerte, que es una especie de liquidacion, y entónces no hay más remedio que pagar la vida con la vida.

Es un depósito que devolvemos.

La sepultura es la caja donde entregamos el capital que se nos habia confiado.

Hay en el fin de cada año algo que se parece al fin de la vida.

Es la época en que se cortan todas las cuentas.

La prosperidad moderna ha descubierto un nuevo lazo entre los hombres.

Los vínculos del amor, á fuerza de estar tanto tiempo en ejercicio, se han relajado; la amistad es tambien demasiado antigua.

El gran vínculo que hoy une entre sí á los hombres, son las deudas.

Se puede decir que vivimos sujetos unos á otros por el bolsillo.

De la nivelacion ha resultado un terrible desnivel; la sociedad se ha fundido en estas dos clases: deudores y acreedores.

Deber es tener la seguridad de que hay por lo ménos un hombre que no nos olvida.

Las deudas vienen á ser el fausto de nuestros tiempos.

Hemos roto las trabas de tantos deberes, que ha sido preciso poner apresuradamente en práctica el deber dinero.

Una deuda es casi un adorno.

¿Quién no debe?

Hemos echado la cuenta de nuestra prosperidad, sumando lo que hay y lo que se debe: por eso hay tanto.

Cuando Dios hizo el mundo, no habia nada que fuera ménos que nada.

Cuando el hombre tropezó con la misteriosa serie de los números, nada encontró que fuera ménos que cero.

La nada era el límite, la barrera insuperable puesta á todo, y el cero una especie de punto final colocado como término del discurso humano.

Ante esos dos obstáculos ha permanecido detenida la humanidad por espacio de muchos siglos. ¡Qué atraso!

Empujados por la fuerza del progreso, hemos roto esos límites vergonzosos ante los que se hallaba suspensa la razon humana.

El mundo necesario para el desahogo de la grandeza moderna tenia que ser más espacioso, y hemos extendido nuestro dominio más allá de la nada, y hemos llevado nuestros cálculos más allá del cero.

El órden es este:

El hombre que posee más ó ménos riqueza, representa una cantidad.

El que no posee riqueza ninguna, es entre los hombres lo que el cero entre los guarismos.

El que debe representa ménos que cero tanto como deba.

La deuda está al otro lado de la nada; para deber es preciso estar *bajo cero.*

Donde creiamos que acababa el mundo, hemos encontrado que precisamente empieza otro mundo.

El mundo antiguo empezaba en los ricos y acababa en los pobres; ahora empieza en los que tienen y acaba en los que deben.

Todo lo que hemos andado puede medirse por la distancia que hay de pedir limosna á pedir prestado.

El que no tiene nada es pobre, el que debe es más pobre todavía.

En virtud de esto todas las naciones están más allá de los que piden limosna.

Nuestra prosperidad no puede ser más pobre.

LA ESTÁTUA DE LA COMEDIA.

Hé aquí un asunto que tiene su historia y que esa historia debe ser esta:

Enfrente del palacio de nuestros reyes, en el centro de la elipse que da la forma de un medio punto á la plaza de Oriente, hay un magnífico teatro, hermoso por dentro, feo por fuera, rico en adornos, pobre en gusto; soberbia jaula donde todos los años vienen á cantar la gran música de Rossini, las inmortales melodías de Bellini y Donizzeti, y los gritos de Verdi los más famosos canarios de Europa y los más hábiles y celebrados ruiseñores del mundo.

Este teatro se llama el Teatro Real y es to—

das las noches de funcion el centro artístico, novelero, murmurador, lujoso y elegante de todos los que cantan en la escena y de muchos que cantan en la mano.

A la espalda de este teatro hay una plaza, ni grande ni pequeña, ni fea ni bonita, que se llama la plaza de Isabel II.

En esta plaza, se concibió el proyecto de levantar una especie de terraza de asfalto, que formando un cuadro en el centro sirviera no sabemos para qué, pues sólo ahora caemos en la cuenta de que pudo ser como la intuicion de un proyecto posterior, como el primer paso de un jardin futuro.

Ello es que el proyecto era diabólico, y que por consiguiente se puso al instante en ejecucion.

El asfalto, pues, se extendió en forma de cuadro en el centro de la plaza, mientras el Ayuntamiento pensaba otra cosa.

Este funesto betun con que á peso de oro se están haciendo intransitables las calles de Madrid, más desocupado que el Ayuntamiento para pensar formalmente en los asuntos de policía urbana, comprendió al poco tiempo que su estancia en la plaza de Isabel II no podia ser más que una triste interinidad.

Y condensando su pensamiento y amasando sus razones convino al fin en que geológica y políticamente hablando no era más que un asfalto de transicion.

En virtud de este convencimiento, se creyó autorizado á trasformarse segun los accidentes de la temperatura y de la atmósfera, sin duda con el fin de que perdiéndose la memoria de que era asfalto, llegara un dia en que alguien se tomara el trabajo de quitarlo de allí como á un estorbo.

Este asfalto se convertia durante las largas lluvias del invierno en una especie de mar negro, donde no habia chanclo que no naufragara; y bajo los ardientes rayos del sol de Junio, de Julio y Agosto se convertia en una especie de mar muerto en el que no habia bota que no se hundiera.

Nadie se atrevia á cruzarlo, aunque era imposible verlo sin hacerle la cruz.

Llegó al fin el dia en que tan contínuas reclamaciones encontraron eco en los sordos oidos de la municipalidad; y como á la vez se habia formalizado en la cabeza del Ayuntamiento la risueña idea de una cosa parecida á un jardin, el asfalto desapareció al cabo como un borron que se raspa.

Y lo que era natural: sobre el caro vacío que dejó el asfalto, trazó el Ayuntamiento las caras líneas de..., como si dijéramos, de un jardin.

Apareció sobre lo que fué asfalto una sombra verde como una esperanza de musgo; se levantaron algunas flores apoyadas unas en otras en melancólicos grupos; se presentaron de la noche á la mañana algunos arbustos encogidos y tristes como los niños de la Inclusa, y se vieron colocados con estudiada simetría unos cuantos bancos rústicos, sin duda para que el transeunte desocupado pudiera sentarse á considerar lo pobre que es la naturaleza en medio del lujo de Madrid.

Y esta consideracion tomaba más bulto desde el momento en que se advertia que el pobre jardin se presentaba á los ojos más indiferentes como la palma de una mano abierta que está pidiendo algo.

El Ayuntamiento perplejo sin duda entre darle alguna cosa ó encerrarlo en San Bernardino, despues de estarlo pensando lo ménos dos años, ha tenido la idea más feliz que pueda imaginarse, y la ocurrencia más desgraciada que ha pasado jamás por cabeza de Ayuntamiento.

Es una idea que se divide naturalmente en dos partes, necesitándose de todo punto la segunda para comprender bien que la idea es de quien es, porque esa segunda parte es como la firma del autor.

Al Ayuntamiento se le ocurrió al cabo de dos años, no tan cortos como los del almanaque, la idea de colocar en el centro de ese, que, porque no quede anónimo, llamaremos jardin, una... es preciso decirlo en dos tiempos... una estátua.

¿No parece esto inverosímil? pues ahora verán ustedes como puede ser verdad.

Concebido el buen pensamiento de levantar una estátua en el centro del jardin de la plaza de Isabel II, no se tenia más que la mitad del proyecto; faltaba elegir el personaje ó la idea que esta estátua habia de representar.

Planteado así el problema sobre el terreno de la plaza de Isabel II, y teniendo delante el Teatro Real, háganme ustedes el favor de echarse á discurrir.

. . . .

. . . .

Pero es inútil; darán ustedes mil vueltas; pasarán mil veces junto al secreto, lo tendrán otras mil en las manos, y no caerán en la

cuenta, porque no hay nada mas difícil de averiguar, que los ocultos designios de un Ayuntamiento que se pasa la vida tendiendo casas y levantando calles para que Madrid no tenga ni calles ni casas.

La estátua que se ha levantado en medio del jardin de la plaza de Isabel II, delante del Teatro Real... cuesta trabajo decirlo: es la estátua de la musa de la Comedia.

La verdad es que no habiendo nada en su sitio, la estátua de la Comedia no tenia derecho á estar en el suyo, y bajo este punto de vista es preciso confesar que el Ayuntamiento ha comprendido el espíritu del siglo.

Siguiendo este órden, ahora que se está abriendo una plaza en la calle del Príncipe, delante del *Teatro Español*, la estátua que se debe colocar en el centro de esa plaza, es la de la musa del Baile.

Y siguiendo por este camino, delante de la casa de la Moneda, se tendrá que colocar forzosamente, más tarde ó más temprano, una estátua que represente á la musa de la Música.

Aquí habria hasta cierto punto lógica de circunstancias; porque no hay melodía que conmueva tanto el corazon moderno como una sinfonía de monedas de oro.

En honor de la exactitud de los hechos debemos decir que, por una combinacion burlona de las cosas, la estátua de la Comedia y el Teatro Real, resultan colocados de una manera, que la disposicion en que se hallan hacen el efecto de una protesta.

La estátua está detrás del Teatro Real y el Teatro Real detrás de la estátua: se dan recíprocamente la espalda como dos enemigos: el Teatro Real, como si no tuviera nada que ver con la estátua; la estátua, como si no quisiera ver al Teatro Real.

Ahí están el teatro y la estátua bramando de verse juntos diciendo con la triple voz de la piedra, del ladrillo y de la cal á todo el que tiene ojos y quiere oirlos. «¡Qué Ayuntamiento!»

Así se comprende la bárbara intencion del escultor que ha fabricado la base de la estátua, pues ha echado en ella toda la gravedad del Ayuntamiento. Las bromas ó pesadas ó no gastarlas, y el escultor ha dicho: «allá va la base» y ha levantado una masa de piedra pesada como un poste para sujetar á la tierra los piés de la estátua. Sin esta precaucion la estátua ya se habria fugado.

Y luego se dirá que la reaccion ha mer-

mado los poderes municipales: sólo habia una estátua que no debia ponerse en la plaza de Isabel II y esa es la que se ha puesto. Dígase ahora si eso puede hacerlo nadie más que un Ayuntamiento.

¿Y dónde pondremos la estátua de la municipalidad el dia que queramos perpetuar su memoria en justo homenaje á tan diabólica idea?

Es un dolor: no tenemos donde colocarla, porque si bien es verdad que hay casas de locos, tambien lo es que todavía no se ha pensado en establecer casas de tontos.

UN BILLETE PERSONAL.

«Mañana se verificará la apertura de la Exposicion nacional de Bellas Artes.»

Así se divulgó la noticia esparcida oficialmente por los billetes de invitacion que fueron de casa en casa y de persona en persona anunciando este artístico suceso correspondiente al año de 1862.

Ateniéndome al texto de la invitacion, sospecho que los convidados habrian de llegar tarde al lugar de esta solemnidad, si no tuvieron ántes la precaucion de averiguar dónde se habia decidido abrir en ese año la Exposicion.

Particularmente todo el mundo sabia cuál

era el lugar elegido, pero oficialmente parece que era un secreto.

«S. M. la Reina (Q. D. G.) ha tenido á bien señalar el dia 10 del corriente mes de Octubre para la apertura de la Exposicion nacional de Bellas Artes.

»El Ministro de Fomento tiene el honor de invitar á usted á este solemne acto, que se verificará á las tres de la tarde.

»Esta invitacion es personal.

»Traje de rigurosa etiqueta.»

Oficialmente no se sabe ni más ni ménos.

Usted es la persona que recibe esta invitacion: en ella se le advierte el dia, la hora, el traje, y lo que es más, se le advierte que la invitacion es personal, por si acaso tuviera usted la fortuna ó la desgracia de no ser persona.

Sabe usted, pues, que mañana dia 10 del corriente, á las tres de la tarde, hay una solemnidad en la que tiene usted un sitio.

Dispone usted para este caso y otros semejantes de tres piezas negras y dos blancas, á saber: un frac, un pantalon y un chaleco; una corbata y unos guantes.

Estas cinco cosas combinadas dan por total un traje de rigurosa etiqueta.

Tiene usted además completa seguridad de que es usted persona y se encuentra usted en la mano con un billete.

Mañana á las dos se viste usted, á las tres menos cuarto está usted en la puerta de su casa abrochándose el segundo boton del segundo guante.

La calle en que usted vive tiene dos direcciones contrarias; es decir, que, como todas las calles, va á un mismo tiempo á puntos distintos.

Para que la duda no quede en dos términos opuestos solamente, en esa calle desembocan otras calles que son otras tantas direcciones encontradas.

Aquí se siente usted asaltado por una perplejidad repentina.

Usted sabe cómo ha de ir, á qué hora ha de ir, pero ignora dónde ha de ir.

El billete guarda sobre este punto un silencio profundo.

Usted se da una palmada en la frente, que es la puerta á donde llamamos cuando las demás se nos presentan cerradas.

Si la frente fuera de piedra y la mano de acero, el choque de la frente y de la mano produciria siempre una chispa deluz; pero

no son ni de piedra ni de acero y usted se queda en la misma oscuridad en que estaba.

Aun le queda á usted otro recurso.

Puede usted encogerse de hombros.

Encogiéndose de hombros es como se puede salir por la estrecha puerta de cualquier apuro.

A pesar de este último y supremo esfuerzo, todavía no sabe usted qué camino tomar.

La solemne apertura de la Exposicion de Bellas Artes es para usted un hecho indudable, una verdad oficial; una cosa como la libertad, la justicia, la economía, la prosperidad, todo eso que es oficialmente indudable y que áun no hemos podido encontrar.

Usted busca la Exposicion de Bellas Artes como pudiera usted buscar á un amigo que no sabe donde vive.

Pero seamos justos; el billete de invitacion se ha reservado esa circunstancia para proporcionarle á usted una verdadera sorpresa.

¿Dónde dirá usted que se abre la Exposicion de Bellas Artes? Echése usted á pensar.

La invitacion no lo dice, se lo guarda como un secreto, como un misterio que quiere que usted averigüe.

Hay cosas que si no fueran verdad no las creeriamos, y usted correria uno por uno todos los edificios públicos de Madrid buscando la Exposicion sin dar con ella.

Es muy posible que pasara usted por delante de la puerta sin que se le ocurriera la sospecha de que allí pudiera estar.

Es lo mismo que si buscara usted en sí propio un sentimiento noble ó una idea delicada. ¿Qué haria usted?

Registraria todos los rincones de su cabeza, examinaria usted todas las profundidades de su corazon, pero no se le ocurriria meter la mano en los cajones de su gaveta.

¿Quiere usted saber donde se abre la Exposicion de Bellas Artes? pues, déjese usted guiar por su bolsillo.

La Exposicion la encontrará usted en la Casa de la Moneda.

Esto es raro y natural.

Los contrasentidos suelen ser muy lógicos.

En ninguna parte se puede apreciar mejor el valor de una obra de arte que en la Casa de la Moneda.

Esto es lo mismo que haber puesto un cuadro en un peso.

El criterio universal es el dinero.

Al mismo tiempo no deja de ser tierno el espectáculo.

La moneda abriendo las puertas de su casa á las Bellas Artes, es una reconciliacion digna de estudio.

Por primera vez de su vida el dinero ha sido generoso.

Hay en esto algo simbólico.

La Casa de la Moneda es un bolsillo de piedra, y resulta que el dinero se ha metido á las Bellas Artes en el bolsillo.

La moneda no suele ir á las Exposiciones de Bellas Artes, porque el dinero tiene demasiado mundo para exponerse.

Era preciso reunir de algun modo el espíritu y la materia, el pensamiento y la moneda, el entendimiento y la riqueza.

Era preciso poner en comunicacion el molde donde se vacian las monedas de cinco duros y los moldes en que se funden las obras de la inteligencia.

La Direccion de Instruccion pública comprendió desde luego que en ninguna parte encontraria la Exposicion más espacio qué en la Casa de la Moneda; porque ella, que todo lo sabe, no podia ignorar que sólo el dinero es el que vive con desahogo.

Bien observadas las cosas, resulta que el dinero es un ciudadano que tiene casa, mientras que el arte es una especie de vago que no tendria ni áun donde exponerse, si la caridad de la moneda no le hubiera abierto las puertas de la suya.

Y no se crea que hay en esto ningun género de injusticia, porquea el rte no necesita casa, pero ¡qué seria del dinero en medio de la calle!

Obsérvese además una cosa que salta á la vista: con el dinero todo el mundo vive, pero con el arte apenas pueden vivir los que lo ejercitan.

No ha podido elegirse un sitio mejor para la Exposicion de Bellas Artes que la Casa de la Moneda.

Así el que quiera comprar un cuadro no tiene necesidad de ir á su casa por el dinero.

La *Exposicion* de la Casa de la Moneda me hace el efecto de una llama entre la nieve, de una flor sobre un cadáver.

Extraña confusion es esta: el arte que todo lo siente, el dinero que todo lo calcula; el arte que todo lo anima, el dinero que todo lo hiela; el arte que brota del alma, el dinero que sale del bolsillo.

El que no sepa que la Exposicion de Bellas Artes está en la Casa de la Moneda, es imposible que lo adivine.

Los billetes al callar el sitio de la Exposicion parece que no quieren exponerse á decir un desatino: guardaron silencio como diciendo: «nosotros tampoco lo sabemos.» Pero tan crasa ignorancia debió ser estudiada, porque los billetes no pueden negar que salieron de la Direccion de Estudios.

CUESTION DOBLE.

Hay aquí un elemento de órden público que es al mismo tiempo causa y orígen de muchos desórdenes particulares.

Lo que tiene asegurada la tranquilidad de todos y el sosiego de la poblacion entera, está produciendo de contínuo ya en esta casa, ya en la otra, muchas inquietudes, contínuos alborotos é incesantes desasosiegos.

Lo que es un poderoso obstáculo á esos tumultos populares de que está llena la historia contemporánea, es á la vez motivo diario de muchos motines domésticos.

Lo que es en sí el resultado de la subordinacion, de la obediencia y de la disciplina,

es causa de desórdenes, de sublevaciones, de asonadas.

En una palabra, lo que sirve para contener la revolucion en las calles, sirve al mismo tiempo para introducirla en las casas.

Hay en Madrid un mundo cuya humanidad se compone de dos partes que parecen hechas la una para la otra.

Dos partes que se buscan como el imán y el acero, que se encuentran á la sombra de todas las esquinas, que serpentean como una culebra interminable por todos los sitios públicos de Madrid.

Estas dos partes son los soldados y las criadas.

Tener en Madrid una doncella, una cocinera ó una nodriza, es tener mucho más de lo que parece á primera vista.

No se tiene sólo una mujer que cose, que guisa ó que cria; se tiene además un centinela constante y asíduo en la esquina de enfrente ó en la puerta de la casa.

Un centinela perfectamente uniformado que se pasea de un extremo á otro de la calle esperando que salga la doncella, la cocinera ó la nodriza.

Es tener unas manos y unos piés cuya

cabeza está siempre en el cuartel inmediato.

Es tener la casa militarmente sitiada por la mañana, por la tarde y por la noche.

Es no tener doncella, ni nodriza, ni cocinera.

Más claro: es estar servido á gusto del primer granadero ó del primer cazador que pasa por la calle.

Es la rebelion armada que os acomete dentro de vuestra casa bajo la forma de una criada.

Es un motin que estalla insolente en el comedor ó en la cocina, y hasta en vuestro mismo dormitorio, apoyado por la fuerza pública.

Es tenerlo todo tarde, caro y malo.

Cambiar de criada no es más que cambiar de regimiento, de batallon ó de compañía.

Hay algo en este consorcio del servicio militar y del servicio doméstico que la moral pública debe mirar con ojos muy tristes.

Al amanecer se llenan las plazuelas de Madrid de soldados y de criadas.

Espectáculo lleno de animacion, cuyos detalles suelen costar bastante caros á la decencia pública y al bolsillo particular del

que goza la fortuna de tener á su servicio una mujer militarmente enamorada.

La guarnicion de Madrid, desde el soldado al cabo inclusive, disfruta una especie de *plus* que recibe todas las mañanas bajo la forma de todos esos obsequios con que el amor de una criada puede alimentar en el alma de un soldado el apetito de verla.

El amor es naturalmente obsequioso, y la criada que lleva la generosidad hasta clavar su corazon en la punta de una bayoneta, no ha de cerrar la mano donde lleva el dinero de su amo.

Exigir otra cosa, seria indudablemente exigir mucho.

La primera obligacion de una criada es ser económica.

Sus conocimientos en esta materia, amaestrados por la experiencia que da el haber corrido de casa en casa el mundo de Madrid, llegan generalmente á la altura que señala el nivel de los últimos descubrimientos.

Ellas saben que en el comercio humano todo es mercancía.

Nadie ignora que las cosas deben adquirirse por el menor precio posible.

El amigo que ménos nos cuesta suele ser el mejor amigo.

La mujer ménos cara es siempre la mejor madre de nuestros hijos.

Las criadas no pueden excluir al amor de esta regla general, y buscan, como si buscaran unas botas, un vestido ó un pañuelo, el cariño que ménos merme el estrecho caudal de sus ahorros.

Ahora bien: ¿hay algo que salga más barato que aquello que se adquiere con dinero de otro?

Me parece que no es posible llevar más léjos el espíritu práctico de la economía.

Los soldados que saben esto mucho mejor que la ordenanza, dedican sus largos ocios á la pacífica tarea de hacer esquinas.

De aquí nace un problema que cualquiera mujer de su casa resuelve más pronto y mejor que el mas consumado matemático. Hé aquí sus términos:

¿Qué distancia hay, por ejemplo, de la calle de Carretas á la Plaza Mayor?

¿Qué tiempo se necesita para que una mujer que no es vieja ni coja ande dos veces esa distancia?

Un matemático acostumbrado á medir el

tiempo, la distancia y el movimiento, contestará: «diez minutos.»

Haced las mismas preguntas á cualquiera de vuestras vecinas, y os dirá:

«Si la mujer es una criada y hay en la esquina un soldado, de la calle de Carretas á la Plaza Mayor hay dos leguas y para andarlas dos veces se necesitan lo ménos tres horas.» Eso es saber matemáticas.

Al oscurecer es imposible andar veinte pasos sin tropezar más de una vez con parejas demasiado unidas que se creen ocultas porque han cerrado los ojos á todo.

Desde el toque de diana hasta el toque de retreta podeis estar seguros de que no teneis criadas.

Id por ejemplo á Chamberí los dias de fiesta. Pero no vayais: las mujeres más pálidas encuentran allí el medio de ponerse encarnadas con sólo tener en el corazon un resto de vergüenza.

No seré yo el que descubra los misterios que se ocultan en esos sitios públicos.

El pudor de que frecuentemente se olvidan las escenas que en Madrid suelen ponerse delante de los ojos es preciso que lo tenga la pluma.

El papel es sin duda alguna más honesto que los hombres y que muchas mujeres, y por eso hay que echar sobre él un velo de tinta.

Ya sabemos cómo se reunen en Madrid diez ó doce mil hombres que tienen por ley la ordenanza militar, y por casa un cuartel.

Han salido del seno de sus familias obligados por un deber supremo.

Dios sabe las lágrimas que cuestan esas separaciones.

Pero, ¿cómo se reunen aquí diez ó doce mil mujeres jóvenes, sin más patrimonio que su cara, sin más compañía que la de su inocencia y su ignorancia?

¿De dónde salen? ¿Qué familias las arrojan de su seno?

Al cabo de ocho años vuelve el soldado á la casa de su padre y suele ser el orgullo de la familia, ¿pero cuándo vuelven esas pobres mujeres? Nunca.

Aquí se consumen, ó lo que es peor, aquí se pierden.

Aquí se encuentran esos dos seres; ellos se vuelven y ellas se quedan.

No hay nadie que arroje á las profundi-

dades del mar la moneda que lleva en el bolsillo, y hay, sin embargo, muchos padres que arrojan á sus hijas en medio del revuelto oleaje de Madrid.

Voy á concluir por el principio.

Dentro de una misma casa pueden presentarse estas dos contrarias opiniones: esta doble cuestion:

Acaba de vencerse un conato de motin: la tranquilidad pública, sériamente amenazada, vuelve á reinar.

El padre de familia, acongojado pocos minutos ántes por el desórden público, respira y se restrega las manos lleno de satisfaccion dando largos paseos por su aposento.

A la vez, la madre de familia, llena de pesadumbre por el trastorno doméstico, espera á la doncella, á la cocinera ó á la nodriza que salió de casa á las nueve y no ha vuelto aún á las once.

Él dice: Si no hubiera soldados no podriamos vivir.

Y al mismo tiempo exclama ella: Si no hubiera ni un soldado sobre la tierra, ¡qué felicidad!

Ahora bien ¿quién tiene razon?

—Los dos.

— ¿Quién tiene la culpa?

— Todos.

La tranquilidad de la poblacion es incompatible con la tranquilidad de la casa; el órden público, parece mentira, tiene su mayor enemigo en la paz doméstica.

Yo no resuelvo el caso porque no puedo; la cuestion es doble y yo no soy más que uno.

LOS DESCUBRIMIENTOS.

Todas las cosas llevan escondida en el último rincon de su naturaleza una propension especial á reproducirse.

En cualquier pedazo de cristal se encuentra la demostracion auténtica de este fenómeno.

La humanidad es un gran espejo en el que se va sucesivamente reflejando en contínuas y multiplicadas reproducciones la imágen del primer hombre.

La historia es un cristal que va repitiendo uno detrás de otro distintos ejemplares de un mismo suceso.

Es una especie de teatro en el que vemos

la representacion de diferentes dramas y distintas comedias, cuyo argumento es siempre el mismo.

Los idiomas no son más que espejos que en variadas imágenes repiten contínuamente las mismas ideas.

Cada año es la repeticion del anterior.

El objeto más estúpido, la materia más imbécil aprovecha con admirable precision el rayo de luz que se le acerca para reproducir su imágen, aunque no sea más que como una sombra sobre el lienzo de la primera pared que encuentra á la mano.

Las nubes parece que se entretienen en pasar por delante del sol sólo por el capricho de ver su imágen retratada sobre la tierra.

El aire, que todo lo atropella, que siempre va de prisa, que huye como si no quisiera ser reconocido, deja las huellas de su imágen invisible sobre las movibles arenas y sobre las aguas inquietas.

El sol pasa el dia reproduciéndose en el mar: allí donde encuentra la más pequeña superficie capaz de mirarlo cara á cara, allí estampa su imágen.

Este afan universal de todas las cosas á contemplarse, por decirlo así, fuera de sí

mismas, encontró al fin lo que un matemático llamaria su fórmula científica.

La naturaleza, que parece avara de todos sus secretos, habia ocultado este invento en la solitaria profundidad de la cámara oscura.

Sin duda se habia propuesto ejercer eternamente el monopolio de este prodigio, y se lo habia otorgado á sí propia con privilegio exclusivo.

Verdaderamente en ninguna parte pudo ocultar mejor su secreto que en el fondo misterioso de esa cámara condenada por la ciencia á oscuridad perpétua.

Pero no contó con que el hombre, andando á tientas como anda siempre, llegara al fin á descubrirlo.

O lo que es igual.

No contó con que el secreto tuviera la indiscrecion de revelarse él mismo.

Del fondo misterioso de la cámara oscura salió la media voz que dijo: «aquí está *esto.*»

Esto era el *daguerreotipo.*

La luz, penetrando un dia en el gabinete de un sabio, se acercó á una plancha metálica que encontró al paso, preparada yo no sé para qué y con discreto disimulo le hizo la siguiente confidencia:

«Yo vengo, le dijo, del tejado de enfrente.»

Y lo mismo que en nuestra inteligencia se imprimen las imágenes de las ideas que se nos comunican, asi se grabó en la plancha metálica el contorno oscuro del tejado cuya imágen le trajo la luz.

El instrumento se presentó, pues, forjado ya por la mano maestra de la naturaleza, y el sabio, semejante á un oficial de herrero, no tuvo que hacer mas que limar.

De aquí salió la fotografía como el pollo sale del huevo, como la luz sale del fósforo, como el pensamiento sale de la inteligencia.

La humanidad levantó orgullosamente la cabeza admirada. ¿De qué? ¿Del prodigio? Nó, del hombre.

Y tuvo razon: el secreto en sí era bien sencillo y bien natural: que la luz alumbre, que el fuego queme, que el agua pese, son cosas que seria ridículo admirar: lo extraordinario, lo grande, lo verdaderamente prodigioso es, que el hombre lo sepa, que haya podido llegar á saberlo.

Adorarse á sí propio es una gran soberbia y una gran humillacion: el hombre de rodillas delante del hombre está forzosa y necesariamente debajo de sí mismo.

Singular condicion la suya: no puede adorarse sin envilecerse.

Vaya otro descubrimiento.

El calor tiene la facultad de dilatar los cuerpos; por eso el corazon, animado por el calor de algun sentimiento ó por el fuego de alguna pasion, se siente oprimido, es decir, no cabe en el pecho.

Necesita más espacio y pugna violentamente con las paredes del calabozo en que se encuentra encerrado.

Esta máquina tiene dos válvulas de seguridad que son los ojos y la boca.

De aquí nacen las lágrimas y los suspiros.

Lo mismo sucede con un puchero de agua puesto á la lumbre.

El agua silenciosa va sintiendo poco á poco las insinuaciones del calor: primero gime, despues salta sobre sí misma, luego sube hirviendo hasta los bordes de la vasija, y por último, se derrama por toda la circunferencia del puchero.

En este doble fenómeno tan propio de un corazon como de una marmita, estaba oculta la revelacion de un gran prodigio.

En él se encontraba como en gérmen la fuerza expansiva, que acortando las distan-

cias ha venido necesariamente á hacer el mundo más pequeño.

La primera mujer que lloró ignoraba que tenia en su pecho una verdadera locomotora que habia de arrastrarla rápidamente por el camino de hierro de la vida como si fuera un tren de mercancías.

¿Quién le habia de decir á la más frágil de las vasijas que al acercarse al fuego llena de agua iba á producir secretamente la asòmbrosa maravilla que hoy causa nuestra admiracion y nuestro orgullo?

Extraña cosa: la Providencia, tan sábia, tan previsora, fué á colocar su gran secreto en el corazon de las mujeres, de esos seres que todo lo dicen.

Y la naturaleza tan reservada y tan prudente fué á confiar su secreto á los pucheros, á esas vasijas que siempre tienen la boca abierta.

Hace muy cerca de veinte siglos que Heron de Alejandría, sentado por casualidad en el rincon de una cocina, llegó á ver que la cobertera de la olla que hervía al fuego se levantaba de vez en cuando empujada por una fuerza misteriosa que salia del fondo de la vasija.

De esta observacion parte una serie de experimentos repetidos y contínuos que llenan el espacio de veinte siglos.

Ningun descubrimiento se ha mofado de la soberbia humana más descaradamente que la fuerza del vapor.

Desde Heron hasta nuestros dias hay una cadena no interrumpida de sabios que tienen entre las manos esta terrible fuerza sin saber qué hacerse con ella.

¿A quién se debe la gloria de este descubrimiento? A nadie.

La fuerza del vapor se ha descubierto ella misma.

Todas las chimeneas del mundo han estado señalando por espacio de siglos y siglos á las ciegas miradas de los hombres el paso del vapor.

Toda el agua que ha hervido en el mundo ha estado diciendo bien claramente á los sordos oidos de los hombres: «el vapor está aquí.»

Los volcanes, rugiendo en el seno de las montañas, haciendo saltar en pedazos los peñascos de las cimas de los montes, empujando hácia el aire nubes de humo, iluminando el espacio con torbellinos de llamas,

vertiéndose en torrentes de lava, sonando con la voz del trueno, sacudiendo la tierra con las formidables convulsiones del terremoto, han pregonado por el mundo la existencia de una fuerza terrible.

Desde el último puchero donde ha hervido agua hasta el mayor de los volcanes en que ha hervido lava, han estado gritando por espacio de muchos siglos con todas las voces de la naturaleza: «aquí está la fuerza del vapor.»

Y ya que cansado de no ser reconocido viene á echar una mano vigorosa para ayudarnos á llevar la pesada piedra del progreso humano y se engancha voluntariamente al carro de la civilizacion para arrastrarnos por el mundo: nosotros restregándonos las manos con orgullosa satisfaccion exclamamos: «Hemos descubierto la fuerza del vapor.»

Equivaldria esto á que el mortal afortunado á quien le haya caido el premio grande de la última lotería gritara con arrogante orgullo: «Ved, yo he descubierto el número que iba á ser premiado.»

Imaginaos á una pobre mujer que mostrando á su hijo recien nacido dijera: «Hé

aquí un ser ignorado de todos que yo acabo de descubrir.»

La tierra es un camino, el hombre va por él, tropieza con un objeto que no habia visto hasta entónces, lo coge, lo examina, lo muestra á la multitud que le sigue y grita:

—Hé aquí lo que he descubierto.

En lugar de decir:

—«Hé aquí lo que me he encontrado.»

Cuando José abrazando á su hermano Benjamin le dijo: «Yo soy José: yo soy tu hermano José,» no fué Benjamin quien descubrió á José, fué José el que se descubrió á Benjamin.

Hay un descubrimiento que derrama gran luz sobre este asunto: esta luz es una sombra.

Un dia gritó la ciencia: «el sol tiene manchas,» y la sabiduría humana se hinchó ante la gloria de semejante descubrimiento.

Pero yo pregunto: ¿Quién hubiera sido capaz de descubrir esas manchas si el sol se hubiera tomado el trabajo de ocultarlas?

¿Quién es aquí el verdadero descubridor, el sol que muestra sus manchas, ó el hombre que las ve?

Si descubrir es sacar á luz lo que está

oculto en la oscuridad, el descubrimiento de las manchas del sol es un chiste, porque es imposible ponerlas á más luz que él las tiene.

El hombre que atravesando una calle, tropieza y cae de boca, puede decir con más razon que ha descubierto un batacazo.

Despues que las cosas se nos meten por los ojos con la tenacidad de la luz, cuando ya sería imposible no verlas, erguimos la cabeza y exclamamos con orgullo: «Hé aquí lo que hemos descubierto.»

Si los descubrimientos tuvieran boca, ¡cómo se reirian de la sabiduría humana!

Rara vez el hombre encuentra lo que busca; casi siempre sucede que el secreto le sale al encuentro y le obliga á que tropiece y á que caiga en él.

Colon buscaba un paso para la India, cuando se le puso delante el Nuevo Mundo y le dijo: «Torpe, yo soy América.»

A Newton tuvo que tirarle de las narices una manzana y decirle: «Imbécil, ahí tienes la gravitacion universal.»

La herradura de un caballo al estamparse sobre el polvo del camino grabó en la frente de Guttemberg este glorioso insulto: «Estúpido, hé ahí la imprenta.»

Dos niños jugando con unos lentes descubrieron el telescopio.

¿No es esto una irrision?

La naturaleza parece que ha tomado á juego la sabiduría y la razon del hombre.

Todo ha venido así á nuestras manos.

En cambio veamos lo que el hombre busca por todas partes con impaciente curiosidad.

Busca la cuadratura del círculo.

La direccion de los globos.

El movimiento contínuo.

La felicidad de los pueblos.

Esto que se busca es precisamente lo que no se encuentra.

Hagamos un gran descubrimiento: descubramos al fin lo ridículo de nuestra soberbia, lo mezquino de nuestra vanidad, lo pequeño de nuestra inteligencia.

Quitémonos la careta y descubrámonos de una vez.

Pero ¡ah! ese descubrimiento no lo haremos nunca porque nos da vergüenza.

NAVIDAD.

—

I.

La vida es una especie de embriaguez.

Vivir casi es beber y por eso se dice que la vida se pasa á tragos.

El hombre desde que sale de la cuna empieza á tropezar y no pára hasta que cae en esa gran sima que se llama sepultura.

La sepultura no es más que ese foso abierto á uno y otro lado del camino en el que van sucesivamente cayendo todos los viajeros.

Obsérvese bien y se verá que empezamos á vivir tambaleándonos y acabamos de vivir cayendo para no volvernos á levantar.

Hé aquí por qué andamos el camino de la vida apoyándonos unos en otros.

El niño se agarra á la mano de su madre, ó al vestido de su nodriza ó apoya sus pequeñas manos en la pared ó en una silla para dar sus primeros pasos en el mundo.

El hombre deja el apoyo de su familia, la mano del padre ó del maestro que lo ha guiado hasta entónces por el laberinto de la vida para asir la mano de una mujer querida; deja un punto de apoyo para tomar otro.

El anciano descansa apoyado sobre sus hijos.

Por eso la juventud debe ser el báculo de la ancianidad.

Las leyes y los gobiernos ó no son nada, ó son un mecanismo dispuesto para que el hombre ande sin caer.

Puntos de apoyo, defensas que se nos ponen en la mano para que los demás no nos pisen.

Cada hombre necesita un escudo que lo defienda de los ataques de los demás hombres.

La vida es una embriaguez; si no lo fuera no podria explicarse por qué son tan pocos los que andan derechos.

Pero obsérvese otra circunstancia.

Examínese á un hombre en cuya cabeza hierven los vapores del vino.

Basta mirarlo una vez para decir: «ese hombre está alegre.»

Y yo no sé como puede decirse eso, porque no hay nada más triste que la cara de un borracho.

Quizá hay en aquellas palabras una observacion profunda: tal vez con ellas queremos decir que no hay nada en el mundo más triste que la alegría.

Hay cosas muy raras en las que no queremos fijarnos.

Pasamos por ellas la vista como pasa sus miradas por las páginas de un libro un niño que no sabe leer.

Como todos miramos el cielo, el sol y las estrellas; esto es, sin comprenderlos.

La inteligencia humana tiene algo del agua; le gusta más vadear los obstáculos que se le ponen delante que vencerlos.

Yo me he preguntado mil veces: ¿por qué podemos llorar de alegría y nunca podemos reirnos de pena?

¿Qué especie de invasion es esa que le es permitido al dolor traspasar los límites de la alegría?

Un fisiólogo os explicaria esto de una manera tan concluyente que acabariais por apartar á un lado esa pregunta impertinente como un mueble inútil.

La alegría humana es triste como la espuma es agua; lleva siempre consigo esa sombra de angustia que se esparce por la alegre fisonomía de un borracho.

Es en el alma del hombre lo que es un relámpago en una nube.

El sol es alegre, el cielo sereno, la naturaleza risueña; el dia amanece sonriendo, el agua que brota de las duras entrañas de una peña salta de contento al verse libre: en la naturaleza todo es alegría: en el mundo sólo el hombre es triste.

Todo nace sonriendo, sólo el niño nace llorando.

Hay una vida que se llama alegre.

En Madrid se encuentra un ejemplar detrás de cada esquina.

Son unas caras en las que apenas ha dado algunos pasos la juventud y en las que la belleza ha trazado sus correctas líneas.

En esos semblantes hay siempre una boca dispuesta á sonreirse y unos ojos que no se bajan nunca.

Hermosura, juventud y alegría.

Estos séres han tomado por oficio el estar contentos.

Como otros ocultan sus vicios, esas mujeres ocultan sus lágrimas.

En una mujer de la vida alegre, el estar triste seria una verdadera imperfeccion.

El placer aborrece el luto solamente porque es serio.

Pues bien, en esas mujeres todo es tristeza.

La embriaguez de los vicios produce una alegría más triste que la del vino.

Estamos en unos dias verdaderamente alegres: dias de universal festin.

Son unos dias en los que parece que la tristeza está prohibida.

El suceso que se conmemora es el cumplimiento de una profecía.

Celebramos el nacimiento del hijo de Dios.

—¿Cómo?

—Comiendo.

Con un banquete universal celebramos un suceso bien triste y bien cruel.

Celebramos con todos los ruidos de la alegría humana la aparicion entre nosotros de la sagrada víctima que inmolaremos despues.

¿Se puede dar una alegría más triste que esta?

Verdaderamente este augusto aniversario debe hacer palpitar al mundo de alegría y de tristeza.

La tierra es así: Dios mismo no quiso venir á ella sino rodeado de la tristeza y del dolor.

Y este misterio viene al fin de cada año como una cuenta que es preciso pagar.

Viene á preguntarnos qué hemos hecho de los tesoros que el mismo Dios vino á poner en nuestro corazon.

Cada uno hará su cuenta.

Del resúmen de la cuenta general resulta contra nosotros un terrible déficit.

Debiéramos estar tristes pero estamos alegres; quizá contamos con el inmenso crédito de su misericordia.

Entretanto Madrid ofrece en estos momentos á la consideracion el espectáculo de una operacion aritmética.

La Navidad aquí es una cosa igual á Madrid multiplicado por Madrid.

La naturaleza la misma, la cantidad mayor.

Más lujo, más fausto, más placeres, más diversiones, más gente, más ruido, más vicios, más dinero y más miseria.

Dos cosas se necesita tener dispuestas para atravesar los dias de Navidad y son el estómago y el bolsillo.

El derecho de peticion se pone en ejercicio de un modo que no hay forma de negar lo que se pide.

Todos los estudios económicos hechos hasta el dia, no han podido producir un sistema que ponga en circulacion tanto dinero.

Navidad: hé aquí una Bolsa cuyo negocio es dar.

Hé aquí un comunismo que á nadie espanta; hé aquí como el dinero de los ricos pasa al bolsillo de los pobres bajo la forma de *aguinaldo*.

Estoy seguro de que habrá algun banquero que siente no ser pobre en estos momentos en que los ricos son los que dan.

II.

En presencia de la Navidad se encuentra el filósofo asaltado por profundas reflexiones; la fe derrama en los corazones sencillos la luz de una creencia divina, y la multitud se afana por hacer las provisiones indispensables para celebrar dignamente este inmortal aniversario.

Los tres órganos que forman la funcion completa de la vida humana se ponen en movimiento en esta progresion ascendente.

Se piensa poco, se siente algo, se come mucho.

El hombre es un compuesto de cabeza, corazon y estómago, y como no puede vivir sin pensar y sin sentir, y como no puede llevar sobre sus hombros la pesada carga de la vida

sin comer, ha hecho de la mesa el altar de su culto.

La fonda es el templo del estómago.

No hay suceso que no se celebre comiendo.

El apetito es una pasion universal.

No hay una idea, por grande que sea, ni un sentimiento, por más que llegue á lo profundo del corazon, que no se ahoguen, por decirlo así, en el sabroso mar de una salsa exquisita.

¡Comer! ese es el sentimiento unánime.

Las opiniones políticas más intransigentes ceden casi siempre ante la suculenta argumentacion de un pavo trufado.

Los discursos se pronuncian al fin de los banquetes como si el pensamiento fuera una consecuencia de la digestion.

Penetrando en las entrañas de la política actual tropezamos con un gran principio.

Vemos que el arte difícil de gobernar á los hombres está reducido á la simple práctica de una obra de misericordia.

Todo este edificio que con asombro contemplamos, descansa sobre esta máxima: «dar de comer al hambriento.»

Lo primero que se le pone delante á todo funcionario público es una mesa.

En el plano de la casa pública se ha incurrido en una equivocacion, que conviene aclarar, para que en el siglo de las luces no esté la opinion á oscuras sobre un punto tan importante.

Lo que se llama gabinete debe llamarse cocina.

Yo suplico á mis lectores que piensen bien esto y verán cómo un ministro viene á ser un cocinero.

La sabiduría divina que ha dispuesto todas las cosas con admirable prevision, ha ordenado que las palabras salgan por el mismo sitio que está destinado á que éntre la comida.

Hay todo un sistema de gobierno encerrado en estas sencillas palabras: el hombre come por donde habla.

De otro modo seria imposible taparle la boca á nadie.

Es decir, que no habria manera de convencer á esos espiritus obcecados que se empeñan en tener razon.

Tener una opinion, equivale ya á tener la mesa puesta, porque las opiniones modificándolas segun el caso y las circunstancias, dan un derecho incontestable á comer en todos los banquetes.

La lengua está en la boca para que no pueda decir más que lo que le permita el estómago.

Yo no sé qué es lo que más sujeta la lengua, si una mordaza de hierro ó un pedazo de pan.

Los tiranos han sido real y verdaderamente muy bárbaros.

Nos han dicho que la razon era una fortaleza inexpugnable, pero la ciencia militar ha descubierto que no lo es.

Se toma sin sangre, sin ruido y sin batallas; no hay más que sitiarla por hambre.

Sí; el estómago es una especie de laboratorio químico donde se componen y descomponen las opiniones: es el crisol en donde ahora se funden las ideas.

Al levantarse de la mesa dictó Dionisio el tirano una sentencia injusta.

La parte agraviada por esta sentencia creo que era una mujer.

Las mujeres son terribles y aquella mujer quiso apelar.

—¿A quién has de apelar? la dijeron los cortesanos.

—Yo apelo á Dionisio en ayunas.

Esta es una noticia que nos ha trasmitido la antigüedad.

En aquellos tiempos bárbaros podian las cosas pasar de esa manera.

En estos tiempos de luz es preciso que pasen de otro modo.

La oscuridad es lo contrario de la luz, por consiguiente esto es preciso que sea lo contrario de aquello.

Dionisio el tirano viene á ser ahora la opinion pública: la sentencia en vez de ser injusta es justa: la mujer agraviada es un gobierno responsable.

La opinion se levanta una mañana y juzga en ayunas y falla ántes de almorzar.

El gobierno se cree agraviado y apela.

—¿A quién?

—A la nacion despues de comer.

Esta es la historia antigua y moderna.

Es verdad que las ideas brotan en la cabeza como el polvo en el aire, y es fácil por lo tanto que las alteren los vapores del estómago.

Los sentimientos ya es otra cosa.

Ellos nacen en el corazon, asiéndose á él con los agudos garfios de sus profundas raíces.

Si se vieran como se sienten, nadie se atreveria á sostener que seria fácil arrancarlos.

Parece que el estómago habia de ser impotente contra el corazon.

Hay dolores para los que se cree que no hay bálsamos.

La sabiduría de las naciones arroja al rostro de los corazones más tiernos, esta casi escéptica carcajada:

«Los duelos con pan son ménos.»

Tal es el estómago.

En presencia de la Navidad ese es el corazon que generalmente palpita.

La alegría que se esparce por todas partes es la alegría del estómago.

Si se pudiera inventar un sistema de gobierno que hiciera del tiempo una Navidad perpétua, es indudable que todos lo miraríamos con cara de Pascua.

Pero hasta ahora no ha podido llegarse más que á la mitad de ese pensamiento.

Para unos la Navidad es perpétua, para otros la Cuaresma es contínua.

El carro de la revolucion no ha podido todavía pasar de ese atolladero.

Parece mentira, porque los carros de todas las revoluciones van siempre cuesta abajo.

Por eso, descendiendo del corazon y de la cabeza, ha venido á caer en el inmenso bache del estómago.

CARNAVAL.

I.

Los cuerdos se diferencian de los locos en que aquellos no dicen más que lo que les conviene y estos todo lo que piensan.

El hombre que ejecuta todo lo que se le ocurre, es un loco: á unos se les declara dementes, á otros calaveras.

La cordura no consiste más que en vencer la propension que todos tenemos á perder el juicio.

El Carnaval puede servir de estudio, por que no es otra cosa que una licencia tradicional para que se pueda perder el juicio durante tres dias cada año.

Si se considera bien, el mundo es un perpétuo Carnaval. Los tres dias de que hablamos son la condensacion, la síntesis de toda la vida humana.

Las bromas empiezan en el paraíso: el primer disfraz es una hoja de parra.

Desde entónces la careta es indispensable.

La careta no es siempre un pedazo de carton ó de tela que cubre el rostro, usualmente es un rostro que cubre un alma.

Yo no sé quien ha dicho que la palabra es el disfraz de los pensamientos: esto equivale á fingir la voz: el traje puede ser cualquiera.

Así se abre el mundo como un libro que contiene una coleccion completa de artículos de Carnaval.

La historia no es más que una serie de bromas más ó ménos pesadas.

Cada clase tiene su disfraz, su careta y su modo de embromar.

La diferencia que hay entre el Carnaval del mundo y el Carnaval del año consiste, en que en el primero se finge la formalidad, y en el segundo se finge la locura.

¡Contraste singular! Nada más risueño que el rostro de las gentes; nada más serio que una careta; nada más movible y animado que

el rostro humano; nada más frio y más impasible que una cara de carton.

Con la cara propia se hacen y se dicen con mucha formalidad las mayores locuras y con la careta se dicen y se hacen locamente las cosas más graves.

Se cambia de modo y nada más; mejor dicho, se cambia de estilo.

Cuando un máscara despues de habernos hablado mucho se quita la careta, decimos: «¡qué torpe! ¡y no le he conocido!»

¡Cuántas veces repetimos esas mismas palabras sin ser Carnaval!

¿Qué sucede en un baile de máscaras? Nada de extraño.

Que el padre no conoce á su hija, ni el marido á su mujer, ni el hermano á su hermana, ni el amigo á su amigo.

Pues bien, eso mismo sucede en el mundo.

Si todos se conocieran perfectamente, no habria engaños, esto es, no habria bromas posibles.

El chasco seria una utopia.

Nadie sabe el encanto que tiene una cara que no se ve.

¡Qué dulce es siempre una voz disfrazada!

¡Cuánta seduccion hay en todo lo que no conocemos!

Por eso deben ser muy felices los ignorantes.

El Carnaval en Madrid se distingue de todos los Carnavales de España en una broma que dura tres dias y que se reparte entre todos los habitantes como una contribucion.

Trescientas músicas recorren la capital de sol á sol, dando la ingeniosa broma de pedir dinero.

Podemos decir que en estos dias en que se cierran los talleres, y se abandonan las fábricas y no hay oficio, ni tribunales, ni escuelas, la bolsa continúa abierta.

Así empieza y así concluye.

Se puede añadir una observacion que está en el mismo órden de ideas y que prueba la animacion de este Carnaval.

La abundancia de las máscaras puede medirse así:

No hay cosa que no sea más cara.

Las sillas del Prado más caras.

Las entradas de los teatros más caras.

Las berlinas más caras.

Las fondas más caras.

Las caretas más caras.

Algunas bromas muy caras.

Tambien se distingue el Carnaval de Madrid en la propension que tienen los hombres á vestirse de mujeres.

Le recomiendo al Ateneo esta inclinacion casi general, por si puede encontrar en ella un síntoma de decadencia.

Antes que el Ateneo ilustre esta cuestion, casi no me atrevo á detenerme en ella.

Lo raro para mí no es sólo que se disfracen de mujeres, sino que se vistan tan bien como ellas.

Algunos lo hacen con tanta perfeccion, que el juez más grave se encontraria indeciso entre condenarlos á servir al Rey ó buscarles maridos.

Han ocultado tan perfectamente que son hombres, que merecen no serlo.

¿Qué significa esa moda?

¿Se avergüenzan los hombres de ser hombres?

¿Qué daño les han hecho las mujeres para que las dejen solas en el mundo?

¿Acaso no están conformes con el sistema establecido por el gobierno de la naturaleza y aprovechan la ocasion oportuna para hacer dimision de su sexo?

¿O es que hay en Madrid más mujeres y ménos hombres de los que constan en la matrícula del vecindario?

Las mujeres deben desconfiar de los hombres que se disfrazan de mujeres, porque esos deben conocer sus disfraces; aunque si se visten así por adularlas, la verdad es que no las conocen.

Añadiendo á esto mil ochocientos coches formando un cordon desde Atocha á la Fuente Castellana, y sesenta mil almas apiñadas en el Prado, poco más ó ménos como estaremos en el valle de Josafat, se tiene una idea confusa del Carnaval de Madrid.

Tener una idea confusa es tener una idea exacta, porque durante el Carnaval todo es confusion.

Hay una ceremonia fúnebre que tiene lugar el miércoles de ceniza; es eso que se llama el entierro de la sardina.

Esta ceremonia se verifica en el canal. ¡Qué bien dispuestas están las cosas!

El canal es el sitio elegido por la mayoría de los suicidas.

Así es que nadie dice: me mato, sino: me tiro al canal.

El agua en este cáuce cenagoso, está súcia

como la conciencia de los que á él se arrojan, y no corre, como si estuviera esperando víctimas. Digamos en su obsequio que se ha cegado para no ver lo que allí pasa.

En este sitio es el entierro de la sardina, esto es, el entierro del Carnaval.

Allí va á morir con sus vicios, con sus pasiones, con sus miserias, con sus disfraces, con su desórden, hasta con su alegría, lo mismo que los que van á suicidarse.

No hay más que apartar la algazara de ochenta mil personas que acuden á esta fiesta, y debajo se ve la muerte y la desesperacion, como debajo de la piel más brillante hay un esqueleto.

Merece ser consignado el camino que hacen los placeres del Carnaval.

Desde los bailes fastuosos de Oriente, de Jovellanos, del Circo, del Príncipe, al canal.

Todavía queda el baile de *piñata.*

Está dentro de la Cuaresma como una tentacion dentro de un alma arrepentida, como una mancha en un vestido blanco.

Para los placeres humanos no hay nada respetable, porque son la locura de los hombres cuerdos.

II.

Carnaval: esta es una época del año en la que debe suceder algo muy vergonzoso, puesto que todos tenemos particular empeño en taparnos la cara.

Parece como que el placer, semejante á Eva, cae en la averiguacion de que ha perdido la inocencia, y se apresura á ocultarse detrás de una careta.

Nada más curioso que ese espectáculo de la multitud en el que cada cual quiere mostrarse sin ser visto.

Esta locura de tres dias no es más que un tejido de bromas.

Broma aquí es una palabra cuya significacion puede ser muy séria.

Tan séria como es la palabra *juego*, siempre que se trata de sacarse el dinero unos á otros sentados todos alrededor de una mesa.

Muchas veces, por uno de esos caprichos inexplicables de la lengua, se aplican las palabras más frívolas á las ideas más graves.

Sólo Dios sabe las lágrimas que puede contener una broma de Carnaval.

Bien mirado, el Carnaval no es otra cosa más que un cambio de forma.

Son tres dias en los cuales sucede lo mismo que en el resto del año, con la única diferencia de que en esos tres dias se oculta la cara y en el resto del año se oculta la intencion.

Hay una cosa que hace iguales á las mujeres honradas y á las mujeres deshonestas, y es un pedazo de tafetan puesto delante de los ojos.

Obsérvese un contraste digno de estudio.

Las mujeres más libres son las que ménos quieren parecerlo.

Por eso el gran peligro que hay para toda mujer en cambiar de vestido y de cara, está en la probabilidad de que se olvide de quien es.

El pudor es el freno de las mujeres.

Dios ha puesto el pudor en la cara como la

mirada en los ojos, como la sonrisa en los labios, como el sol en el cielo.

Cubrirse la cara es lo mismo que echar un velo sobre el pudor.

O más claro, es hacerle cerrar los ojos á la vergüenza; porque todavía no se ha descubierto que un pedazo de tafetan, de carton ó de cera se tome el trabajo de avergonzarse por nada.

Está definitivamente averiguado que las caretas no tienen pudor.

La revolucion francesa siempre que iba á cometer alguno de sus grandes crímenes, tomaba la precaucion de cubrir con un velo la estátua de la ley.

Como esto lo hacia con mucha frecuencia, bien sumada aquella espantosa revolucion sólo da por resultado un sangriento Carnaval.

La ley se presentaba allí casi todos los dias con careta.

¡Parece mentira! aquella revolucion tenia tambien su pudor.

Siempre que se anunciaba que se iba á cubrir la estátua de la ley, la Francia temblaba ante la perspectiva de aquella broma de Carnaval.

Bromas magníficas en las que á los hombres más serios, á los niños más inocentes y á las mujeres más honestas les era muy difícil no perder la cabeza.

Desde el momento que una mujer resuelve echar sobre su pudor el velo de una careta, empiezan á temblar el padre ó el marido ó el hermano ó el amante, á no ser que tiemblen todos á la vez.

Hay en toda careta algo de deshonesto.

Véase en lo que se convierten las cosas más respetables cuando es el placer el que hace uso de ellas.

Fuera del Carnaval una mujer que oculte su semblante detrás del velo de la mantilla, inspira respeto; puede ser por comodidad, lo cual es indiferente; puede ser por pudor, lo cual es respetable, y puede ser por tristeza, lo cual es más respetable todavía.

Una cara tapada en Carnaval, representa todo lo contrario.

No puede ser por comodidad, ni por pudor, ni por tristeza.

Un velo y una careta son dos cosas que tienen un solo uso: ambos sirven para tapar la cara.

Guiados por estos dos distintivos podria-

mos pensar que una máscara y una monja vienen á ser una misma cosa.

En efecto, ambas ocultan el rostro debajo de un pedazo de tela; solamente que la una lo hace por austeridad y la otro por placer.

La una se oculta, la otra se enseña.

La careta es una especie de sofisma que la mujer se pone delante de los ojos para no conocerse á sí misma.

El corazon de la mujer se desfigura debajo del disfraz como su rostro debajo de la careta.

¡Qué broma seria para un padre, para un marido y para un amante, si pudieran ver lo que pasa en el corazon de la mujer que se pone una careta!

Les seria imposible conocerlo.

La inocencia toma al momento el color verde de la malicia, la timidez se convierte en audacia.

Políticamente considerada la cuestion, la careta es un derecho que han conquistado las mujeres para poder ser libres.

Es la barricada detrás de la que haciendo fuego con los ojos piden el bien supremo de la libertad.

Ellas no quieren más cadenas que las de

sus relojes, ni más lazos que los de sus vestidos.

El matrimonio es un yugo, los hijos un tributo, el padre un déspota, el marido un tirano.

Convengamos en que para pensar todo esto, ó mejor dicho, para sentirlo, porque las mujeres no piensan nunca, tienen necesidad de taparse la cara.

De otro modo se avergonzarian.

Es una libertad que no se atreven á desear más que en esos momentos fugitivos en que ocultas detrás de una careta, se consideran otras.

Necesitan cambiarse, por decirlo así, para querer ser libres.

Es un derecho que no se atreven á reclamar bajo su firma, esto es, bajo su cara, porque la cara es la firma de la mujer.

El Carnaval es una revolucion en la que las mujeres no tomarian parte si no les fuera permitido disfrazarse.

Es raro esto: quieren ser libres sin que nadie lo sepa.

Además de ser raro, es triste: ellas se avergüenzan de la libertad.

O mejor dicho, el ser libres es una cosa que

no la consideran más que como una broma.

El hombre ha tenido la candidez de tomarlo en serio.

Se ha declarado libre, y lo que es peor, se lo ha creido.

¡He dicho hombre! Bah, en Carnaval no hay aquí más que mujeres.

En Madrid los hombres deben estar cansados de serlo.

Desde el momento en que es permitido cambiar de traje, el hombre abandona el suyo y toma el de mujer.

¿Estarán avergonzados de ser hombres desde que han caido en la cuenta de que son libres, ó es que se habrán convencido de que son mujeres?

Si el hombre fuera papel de la deuda, cotizándolo, resultaria el siguiente cálculo:

Una mujer vale ménos que un hombre; las apariencias valen ménos que la realidad; el hombre se cambia por las apariencias de una mujer, luego el hombre vale ménos que un vestido de seda.

El Carnaval es una gran ventana á la que todo el mundo asoma sus desdichas.

Son tres dias en los que toda una época se pone de acuerdo y dice: «Vamos á que se nos

conozca á todos como somos»; y para que se les vea bien se tapan la cara.

Es como un velo que se descorre detrás del que se ocultan las dos grandes tendencias de nuestros tiempos.

Las mujeres quieren ser libres, y los hombres quieren ser mujeres.

Me asalta de repente una consideracion.

No es el espíritu muelle y afeminado de la época el que empuja á los hombres hácia el guarda-ropa de las mujeres, no; la causa es otra; debe de ser un golpe maestro de su instinto; es que se preparan contra las contingencias de lo porvenir. Ellos han debido caer en la siguiente cuenta:

El dia en que las mujeres sean libres, ¡quién se atreve á ser hombre!

III.

A pesar de todo lo dicho, áun no hemos llegado al verdadero Carnaval; el gran bromazo, el golpe maestro de esta funcion estrepitosa viene ahora.

Es el placer disfrazado de piedad, el lujo con cara de pobre, el vicio con careta de virtud.

Es una broma que damos á nuestra propia conciencia; es que nos valemos de la caridad como un recurso para prolongar nuestros placeres.

Hablo de esos bailes, de esas funciones de máscaras que despues del Carnaval y tomando el pretexto de los pobres, se nos anuncian como un acto de piedad en santificacion de la Cuaresma.

La filantropía se ha inventado para acabar con la caridad.

Este modo de hacer bien tiene todo el aspecto de un negocio, es una especulacion sentimental en la que se hace objeto de alegría la cosa más triste de estos tiempos.

El cálculo, tomando un poco de la miseria y un mucho de los placeres, ha confeccionado el siguiente brebaje medio dulce y medio amargo.

Ha dicho: «Hay seres que no tienen pan, pues bailemos.»

Un sentimiento de pudor ha venido á mezclarse tambien á esa pócima, y el cálculo filantrópico ha extraido de ella esta quinta esencia.

«Hay seres que están desnudos, pues tapémonos las caras.»

Hé aquí por medio de qué química humanitaria se ha llegado á esta conclusion: «Entreguémonos á los placeres para que los pobres no se mueran de hambre.»

O de otra manera más filantrópica todavía:

«La pobreza es un tierno motivo de diversion pública.»

Pensemos algo más sobre esto.

La limosna bien considerada es una can-

tidad que se extrae de nuestro bolsillo por medio de ese deber que todos tenemos de socorrer á los pobres.

Esta cantidad no tiene retribucion y en estos tiempos de economía, la caridad viene á constituir una especie de despilfarro que está en contradiccion con los adelantos del siglo, y por consiguiente era preciso vaciar ese sentimiento cristiano en el molde de la civilizacion moderna.

Aquí asomaron naturalmente la cabeza los bailes de máscaras y las casas de juegos prohibidos, y resultaron al punto empresas de placeres y sociedades de vicios encargadas de socorrer á los pobres.

Sin duda no nos queda ya nada que envilecer, y queremos que se prostituya la misma virtud.

Las palabras tienen más sentido comun que los hombres. Ved lo que resulta:

Un baile de máscaras á beneficio de los pobres, en medio de la Cuaresma, tiene que ser un baile piadoso.

Una casa de juego en la que la autoridad pone como la señal de su proteccion el cepillo de los pobres, tiene que ser oficialmente un santo garito.

Convengamos en que la idea es más honda de lo que parece, pues los placeres y los vicios son los que hacen más pobres, y por lo tanto nadie como ellos está obligado á mantenerlos.

Todavía el caso es más profundo.

El que va á un baile de máscaras dado á beneficio de los pobres ó entra en un garito, se ve obligado por su amor á los placeres y por su pasion al juego, á hacer ante todo una limosna, porque el secreto de la combinacion viene á consistir en que el pobre especule á pesar suyo con los placeres y los vicios ajenos.

El que entra en uno de esos bailes ó en uno de esos garitos, compra la satisfaccion de sus placeres y de sus vicios, y de este modo hace una limosna que no le cuesta nada, á no ser que bailando pierda la salud y el decoro, ó jugando se quede sin decencia y sin dinero.

La filantropía es así; es inglesa y tiene que ser calculadora.

Este es verdaderamente el gran Carnaval.

UNA COSA CASI IMPOSIBLE.

Aplicando la geometría á la ideología acabo de encontrarme frente á frente con toda la curiosidad que se encierra en la siguiente pregunta:

¿Qué distancia hay de una idea mala á una idea buena?

Mi cálculo arroja repentinamente á mis ojos esta respuesta: la misma distancia que existe entre todo lo que es fácil de hacer y todo lo que es muy difícil de realizar.

Idea buena es la que encuentra obstáculos por todas partes: idea mala la que entre todas las ideas encuentre ménos inconvenientes para realizarse.

El hombre que sienta en su cabeza el impulso de una buena idea, casi puede asegurar que se le ha ocurrido un imposible.

Conozco muchos hombres que se hubieran casado ya si hubieran tropezado con la mujer que buscan para madre de sus hijos, pero no conozco ninguno que haya querido amancebarse que no haya encontrado en el acto la manceba que le habia pintado su deseo.

Una idea buena es casi una utopia.

Las cosas se han dispuesto de manera que es tan fácil hacer mal como difícil hacer bien.

Esta es una observacion que se halla profundamente grabada en el ánimo de todos.

Espárzase por Madrid un dia la noticia de que F. ó P. ó N. ha renunciado á sus vicios, á su opulencia y á su fortuna en obsequio de la virtud, de la decencia y de los pobres.

Semejante noticia circulará como circulan los duros falsos.

Unos pocos la oirán encogiéndose de hombros, como si quisieran decir: «puede ser.»

Algunos más dilatarán sus labios con esa sonrisa que no es más que una mueca y que siempre es la expresion muda de este monosílabo: «Cá.»

La mayor parte apartarán la cabeza con

enfado, como si la noticia fuera un tormento para sus oidos, y exclamarán con todo el aplomo de su incredulidad ofendida: «eso es imposible.»

Pero hé aquí que el rumor se confirma, que las palabras se han trasformado en hechos, que la noticia es cierta, evidente, incontestable.

Ya no hay forma de decir «puede ser», ni «cá», ni «eso es imposible.»

La incredulidad parece que ha perdido hasta el último refugio, y cualquiera la considerará desarmada y vencida.

No sucede eso.

La incredulidad es siempre la misma; cambia de posicion, varia de armas y sigue no creyendo.

Lo que he dicho es cierto: es indudable que F., H., P. ó N. ha renunciado á sus vicios, á su opulencia y á su fortuna.

Si señor, todo eso es verdad; pero hay que convenir en que ese hombre se ha vuelto loco.

O en que dentro de todo eso oculta alguna idea, algun propósito que el tiempo descubrirá.

F., H., P. ó N. es un hipócrita ó ha perdido el juicio.

¿Habrá llegado á ser inverosímil la generosidad, la abnegacion, la virtud?

Pero vuélvanse las cosas del revés.

F., H., P. ó N. ha envenenado á su mujer, ó ha robado á su padre, ó ha falsificado un testamento.

Esta es, por ejemplo, la noticia que corre de boca en boca, de corro en corro, de casa en casa.

El suceso parece tan natural que apenas hay quien lo dude: todos lo creen.

De veinticinco, siete por lo ménos se horrorizan para darle al asunto más interés, esto es, más autenticidad.

Cuanto más interés inspira una cosa, tanto más deseo hay de creerla.

Tengo observado que cuando se quiere creer una cosa se cree, por absurda que sea.

La voluntad suple en la generalidad de las gentes al entendimiento, y el deseo á la razon.

Así es que la terrible noticia del envenenamiento, del robo ó de la falsificacion no necesita ningun género de prueba: basta con que corra.

Las noticias de esta especie son como las onzas de Cárlos III; se toman sin que á na–

die se le ocurra la sospecha de que alguna puede ser falsa.

¿En qué consiste tanta incredulidad y tanta credulidad?

Seguid á la multitud un dia en que guiada por el sonido de las campanas acude presurosa á un extremo de Madrid á presenciar el brillante espectáculo de un incendio.

Vedla desembocar por todas las calles al mismo tiempo con esa ansiedad, con ese bullicio que en Madrid despierta todo espectáculo.

Pero hé aquí que al llegar al sitio de la catástrofe se encuentra con que no hay catástrofe.

Los ojos de un gato brillando en la oscuridad de una boardilla han asustado á una pobre mujer.

Su miedo ha escogido el grito más agudo, el que más pronto habia de poner en movimiento á los vecinos.

El miedo es un valiente que usa siempre el arma qua más hiere, la palabra que más suena.

La pobre mujer habia bajado la escalera gritando ¡fuego!

Esta voz repetida por cincuenta bocas habia llegado á las campanas.

El miedo lo mismo que la alegría son enfermedades de carácter epidémico.

Al llegar la multitud se encuentra con que no hay fuego.

Todo desengaño es amargo, y la multitud siente haber sido engañada.

Esto es natural.

Analícese bien ese sentimiento y se verá lo que hay oculto en el fondo.

Obsérvese que la multitud experimenta cierto pesar, cierto fastidio, cierto desencanto que indudablemente la existencia del fuego le hubiera evitado.

Esto es evidente.

Profundizando un poco más, caemos en esta sima.

La multitud siente que no haya habido fuego.

Decídselo así y no lo creerá; pero eso es lo que siente.

Ponga cada uno la mano sobre su corazon y diga si no ha experimentado alguna vez en lo íntimo de su alma un inexplicable descontento al averiguar que la relacion aterradora de aquella catástrofe que tanto le habia conmovido ó el descubrimiento de aquel crímen que no puede recordar sin horror, han salido falsos.

Este es un fenómeno, en el que muchos no creerán, porque son pocos los que descienden alguna vez hasta el fondo de las sensaciones.

Si se ajustara bien la cuenta sacariamos en limpio una cosa que parece imposible.

Veriamos que el hombre se engaña á sí mismo más veces que á los demás.

Hé aquí por qué nos resistimos desesperadamente á creer que F., H., P. ó N. no ha envenenado á su mujer, ni ha robado á su padre, ni ha falsificado ningun testamento.

¿Quién cree que es mentira una desgracia?

¿Quién niega su credulidad al relato de un crímen?

Pero si se trata de una virtud, de un arranque generoso, de un acto de desinterés ó de abnegacion, ¿quién lo cree?

Una idea buena es casi un imposible.

Alrededor de la mesa de un café os encontrais ocho hombres entretenidos en disecar la honra de una mujer.

Las mesas de los cafés son generalmente de mármol, como las pilas en que se hace la diseccion de los cadáveres.

Llegais en el momento en que es más sangrienta la operacion.

¿Teneis valor para salir á la defensa de aquella honra despedazada?

Hacedlo y vereis el desden ó la compasion en todos los semblantes.

Los ménos amigos os llamarán *inocente;* los que tengan más confianza ó más descaro os llamarán *tonto*.

Tambien se os puede ocurrir que vuestra defensa animará la conversacion y aumentará las proporciones del escándalo.

Si no sois un hombre de gran corazon, todo lo que hareis será oir y sonreiros de vez en cuando.

Si sentís algun escrúpulo volvereis la espalda y os alejareis de aquel foco de difamacion.

¿Pero quereis adquirir cierta celebridad?

Entónces tomad parte en la conversacion, afilad bien un chiste que llege á las entrañas.

Presentad el argumento estadístico que hacen siempre los que difaman á las mujeres, que consiste en la lista de todas las que ellos han perdido.

Yo sé muy bien que al hombre que despues de manejar por algun tiempo los caudales públicos arroja á los ojos de la multitud

el fausto de una gran fortuna, se le llama tunante y se le adula.

Y tambien sé que si ese mismo hombre se retira á su casa pobre, primero se le llama tonto y despues se le desprecia.

La simple honradez ha llegado ya á ser un caso de heroismo.

BLONDIN.

Bien podemos decir que nos encontramos en estos momentos bajo la impresion de un grande asombro.

El ánimo se detiene suspenso ante el espectáculo verdaderamente maravilloso y extraordinario que ha aparecido en Madrid.

La fama, que corre de una parte á otra como una loca, vino nada ménos que del otro mundo á comunicarnos la asombrosa aparicion de un hombre extraordinario.

La cabeza, esa parte elevada del edificio humano, que por ser la más alta parece elegida y alquilada por la inteligencia para hacer

de ella su natural domicilio, se dobla oprimida por la extrañeza del caso y por lo incomprensible del suceso.

Los hombros, acostumbrados á sufrir el peso de todas las cosas que caen sobre el hombre, se encogen oprimidos por la pesadumbre de este extraño prodigio.

Los ojos se abren ansiosos como si buscaran un rayo de luz con que iluminar las tenebrosas profundidades del misterio.

Las bocas á su vez abiertas señalan en todos los semblantes el óvalo misterioso de esa letra que ha elegido para expresarse el grito mudo de la admiracion.

¡O! Hé ahí la expresion de todas las fisonomías.

Esta admiracion nace ante el sonido de una palabra pronunciada de antemano por todos los órganos de la opinion pública como una profecía.

La profunda admiracion que experimentamos, estaba anunciada como una funcion en perspectiva.

Vivimos en una época en que las esquinas y los periódicos son las avanzadas que marchan delante de la humanidad.

A estos profetas es á quienes hoy confia

sus secretos el reservado espíritu de lo que esta por venir.

Por lo tanto hemos tenido tiempo para reunir y preparar toda nuestra admiracion ante la próxima realidad del suceso anunciado, como la mujer reune y prepara todos sus encantos para recibir al amante que siempre le tiene anunciado el secreto impulso de su corazon.

La mujer siempre tiene un amante en perspectiva.

Estábamos, pues, en el secreto.

La palabra habia entrado y salido repetidas veces por todos los resquicios de la publicidad.

El anuncio habia circulado una y otra vez por todos los rincones del público.

La palabra consistia en un nombre que sólo á la Academia de la lengua corresponde averiguar si es un nombre propio, y que apareció iluminado por todos los rayos de una inmensa celebridad.

Los periódicos, escalonados desde la antesala hasta la puerta de la calle, como los lacayos de un gran señor, abrieron todas las mamparas del estrado público y gritaron.... «Blondin.»

La voz corrió tan rápidamente que parecia que iba huyendo.

Poco despues apareció Blondin.

Blondin es un hombre verdaderamente extraordinario: su grandeza es de tales dimensiones que no cabe en ningun teatro; es un prodigio que para desarrollarse necesita el espacio.

El hombre más grande se ve obligado á levantar mucho la cabeza para mirar á este hombre.

Preciso es confesar que no hay quien raye más alto: sus piés aparecen á ciento ochenta palmos de distancia sobre todas las cabezas de los demás hombres.

Blondin anda sobre el aire con más seguridad que nosotros sobre la tierra.

A pesar de la poderosa ley del progreso que tan resueltamente nos empuja, en presencia de tan estupendo caso, no hay más remedio que pararse.

Pararse es reflexionar.

El tiempo es un camino sobre el que se levanta de trecho en trecho, como piedras miliares, las colosales figuras de los grandes hombres.

Cada órden de sucesos extraordinarios tiene

su señal, su piedra gigantesca puesta en el camino de la humanidad.

Cada época tiene su grande hombre.

El asombro que Blondin causa, despierta en la imaginacion espantada un órden de hechos análogos, que marcan los grandes pasos dados por el hombre sobre la tierra.

Para tropezar con el principio de la cadena de que Blondin es el último eslabon, hay que remontarse á los primeros tiempos de la historia.

¡Oh dolor! hay que retroceder.

Noé es la primera figura que se destaca pasando con toda su familia sobre las revueltas aguas del diluvio.

Detrás de Noé está Moisés pasando el mar Rojo.

Como no se tomen en cuenta los inmensos trabajos que pasó Job, es preciso ir á buscar á Julio Cesar para anudar el hilo de los grandes pasos.

Todo el mundo sabe que Julio César asombró á Roma pasando el Rubicon.

Aquí hay que dar otro salto formidable para encontrar el paso siguiente:

Colon pasa el mar desde las orillas de Europa á las orillas de América.

De Colon no hay más remedio que continuar hasta llegar á Blondin, que pasa sobre una cuerda la catarata del Niágara.

Hé aquí el camino que hemos hecho y el punto á donde hemos llegado paso á paso.

El órden es este: Noé, Moisés, Julio César, Cristóbal Colon y Blondin.

Noé fué el hombre extraordinario de su tiempo, Moisés la figura gigantesca del pueblo de Israel, Julio César el gran romano, Cristóbal Colon el gran marino. ¿Hay en estos momentos en el mundo un hombre que cause más justa, más universal admiracion que Blondin?

¿Quién era Noé? Un patriarca. ¿Qué era Moisés? Un profeta. ¿Qué fué Julio César? Un general. ¿Quién era Colon? Un marino. ¿Qué es Blondin? Un acróbata.

Brilló Noé por su santidad, Moisés por su virtud, Julio César por su aúdacia, Colon por su genio: Blondin brilla por su agilidad.

Medida la extension de esta maravilla por todo lo largo de la historia, debemos medir su profundidad por todo lo hondo de la filosofía.

Veamos: la filosofıa aplicada á la historia me da esta medida:

Para que Blondin esté tan alto, es preciso que la humanidad haya bajado mucho.

La señal que marca la altura de nuestros tiempos es Blondin: ciento ochenta palmos debajo de él estamos los demás.

Blondin es el hombre verdaderamente extraordinario: no solamente produce admiracion, sino que causa espanto.

Este hombre es algo más que un formidable acróbata.

Meditemos bien y veremos que en su prodigio se encierra una gran leccion práctica de profunda filosofía.

Desde la altura de ciento ochenta palmos, corriendo de un extremo á otro de la extensa maroma, dice Blondin á la multitud asombrada: «Necios, todo mi secreto consiste en que sé dominarme, en que he aprendido á ser dueño de mí mismo.»

Como la verdadera filosofía ha huido de las universidades y de los libros, ha tenido que meterse en el cuerpo de un titiritero y subirse á una cuerda para ilustrar á la multitud.

La humanidad marcha.

Esto es indudable.

Veamos cómo se verifica esta marcha majestuosa y universal.

El gran movimiento se efectúa de esta manera:

Unos andan y otros corren.

Parecia que humanamente era imposible ir más deprisa; pero, ¡oh asombro! Blondin vuela.

Este hombre extraordinario debe estar ya cerca del umbral de ese paraíso humano á que tan precipitadamente nos dirigimos.

Le faltaba algo á nuestro siglo, y ya podemos decir que es el siglo del vapor, de la electricidad y de Blondin: el vapor es una fuerza, la electricidad un secreto: Blondin es un hombre.

LA CASUALIDAD.

—

I.

Hé aquí una combinacion de sílabas por medio de las que el hombre ha formado una palabra de que se sirve para demostrar á pesar suyo, que hay un órden de cosas, de ideas y de actos que están fuera de su alcance; que hay una vida sobre la suya que siente y no conoce, que está, en fin, rodeado de causas que no ve, hasta que los efectos le salen al paso, lo paran y le dicen: «mira.»

Entónces el hombre abre los ojos, se pierden sus miradas en la misma oscuridad de lo que está viendo y en vez de doblar la ca-

beza y decir: «misterio» alza la frente y exclama: «casualidad.»

Si la lengua no hubiera acudido al recurso de esa palabra, el telar misterioso y complicado en que se tejen los sucesos que están fuera de nuestra prevision, no tendria nombre.

En todo hay siempre un hilo oculto y caprichoso que se nos escapa entre los dedos y que no podemos atar nunca.

¿Qué es la casualidad? una loca que se entra por medio de nuestros cálculos y los desordena y los destruye; una ciega que va siempre tropezando con todas nuestras previsiones; una tonta que se rie de las más ingeniosas combinaciones de la inteligencia humana.

¿No es esto así? Pues bien, nadie medita tanto sus actos como la casualidad.

Obsérvese bien y veremos que cada una de sus imprevistas apariciones es el resultado de una minuciosa combinacion de circunstancias, un tejido de pormenores laboriosamente fabricado: el colmo de la paciencia, de la habilidad y del cálculo.

Lo que hace la casualidad no hay entendimiento humano, ni ciencia, ni prevision que pueda imitarlo.

El camino por donde lleva sus misteriosas combinaciones nos es desconocido: posee el secreto de un álgebra insondable y tiene á su arbitrio la llave misteriosa de una geometría incomprensible.

Unas veces llamamos á la casualidad fortuna, otras veces la llamamos desgracia.

Acontece con frecuencia lo que voy á referir.

Sale un dia de su casa un hombre; al borde mismo del umbral de la puerta se encuentra con la calle y *la toma*. Esto es evidente, puesto que al volver la primera esquina que le sale al paso *la deja:* si no la hubiera tomado, no podria dejarla.

Tomando y dejando calles llega sin saberlo al punto en que la casualidad lo espera con el reloj en la mano. Es pasmosa la puntualidad con que acudimos á estas citas ignoradas.

Repentinamente este hombre se pára porque ha visto á otro hombre venir hácia él: no le conviene ó no quiere encontrarse con ese hombre y trata de evitar el encuentro á toda costa.

Será difícil tropezar con uno que no tenga siempre otro de quien huir.

Nuestro hombre se pára, porque reflexionar

es hacer alto, busca una salida, pero no encuentra á la mano ninguna boca-calle por donde desaparecer y entretanto el otro hombre adelanta tranquilamente hácia él por la acera opuesta.

Apenas queda un minuto de tiempo para buscar un medio que evite el encuentro.

Hay ocasiones en que el hombre quisiera que la tierra se abriera debajo de sus piés; pero es el caso que la tierra no se abre más que cuando Dios quiere.

Para retroceder es ya tarde. ¿Qué hacer?

Se le ocurre la idea de meterse en el portal más cercano, subir hasta la última boardilla y volver á bajar. En esta doble operacion puede emplear todo el tiempo necesario para que el peligro pase; pero ¡ah! el portal más próximo está á veinte pasos. Todavía no ha sido visto por su enemigo, más todo depende de unos cuantos minutos. Entónces se desespera calculando que ha tenido tiempo para volverse atrás.

De pronto se da una palmada en la frente como si quisiera abofetear á su entendimiento en castigo de su torpeza. Acaba de ver que se encuentra precisamente delante de la puerta de una administracion de loterías. Un gran

cuadro colgado al lado de la puerta le ha dicho en letras muy claras: HAY BILLETES.

Imaginémonos la alegría de un raton que huyendo de un gato encuentra un agujero, y nos habremos puesto al cabo de la calle.

Nuestro hombre entra precipitadamente en la administracion de loterías abriendo la mampara de cristales que se le opone al paso, teniendo buen cuidado de volver á cerrarla y pide un billete sin apartar la vista de los cristales al través de los que ve lo que pasa por la calle.

Le dan uno y no le gusta porque todavía no ha pasado el hombre de quien huye.

NOTA. He dicho hombre; pero téngase entendido que pudiera muy bien ser una mujer.

Le dan el segundo billete y tampoco le parece bueno por la misma razon que el anterior le ha parecido malo.

Mientras buscan el tercero, se proyecta en los cristales la sombra de una figura humana que pasa tranquilamente siguiendo su camino.

El tercer billete es el que busca. Lo paga contando las monedas con cierta lentitud; lo dobla muy despacio sepultándolo en un rincon de su cartera, se despide muy cortes-

mente y toma de nuevo la calle con las precauciones necesarias.

Véase cuántos pormenores, cuantas circunstancias, cuántos incidentes han tenido que combinarse para que este hombre compre un billete de la lotería.

Pero esto no es más que la mitad de la intriga.

El premio grande de la lotería llama poco despues á la puerta de la casa en que vive ese hombre con la sonora voz de cincuenta mil duros.

¿Cómo ese billete entre millares de billetes, ese pedazo de papel entre millares de pedazos de papel se ha convertido súbitamente en un capital?

¿Qué cosas misteriosas, extrañas é incomprensibles pasan dentro de ese saco en que se mueve un mundo de números?

Allí deben agitarse y revolverse, luchar unos contra otros, disputándose la gloria del premio. ¡Cuántas intrigas no se fraguarán entre ellos por alcanzar el título de número premiado!

Mientras las bolas se revuelven dentro de la caja, como los hombres en el mundo, el billete escondido en el rincon de una cartera

ó en el fondo de un bolsillo, espera con triste desaliento el fallo de la fortuna.

Al fin aparece el número premiado. Es uno cualquiera.

¿Cuáles son los títulos de ese número para haber alcanzado tan señalada distincion?

¿Cuáles son sus méritos ó sus influencias?

No hay un jugador que sea capaz de responder á esas preguntas.

El más largo no tiene más remedio que encogerse de hombros para demostrar que es más corto de lo que parece.

Toda la respuesta que puede dar está reducida á una serie incomprensible de sílabas: casualidad.

Las letras no han encontrado aún la combinacion necesaria para descubrir con una palabra los secretos íntimos de los números; como la óptica no ha podido inventar todavía una combinacion de cristales por medio de la que puedan los ojos humanos ver claramente la oscuridad.

La casualidad es á las palabras lo que es el cero á los números.

Con la palabra casualidad se representa lo que no se sabe, con el cero lo que no hay.

Casualidad quiere decir, lo ignoro.

Cero es igual á nada.

¿De qué medios ocultos é impenetrables se vale la fortuna para realizar en la lotería sus misteriosos designios?

No se sabe.

Pero imagínese cuánta circunstancia, cuánto pormenor, cuánto incidente es preciso combinar para que sea éste el número premiado.

En vano se hacen esfuerzos supremos por levantar una punta siquiera de su velo impenetrable.

Todas las conjeturas engañan, todos los cálculos fracasan, todas las combinaciones se pierden.

No hay manera de averiguar el número que va á ser premiado.

Si la fortuna fuera ciega, ¿no la hubiera sorprendido el hombre alguna vez anudando los misteriosos hilos de sus incomprensibles tramas?

¿Podemos admitir que una pobre ciega se burle así de la inteligencia humana que todo lo ve, del cálculo del hombre que todo lo averigua?

Si la fortuna fuera loca, ¿es posible que pudiera tejer esas minuciosas y admirables

combinaciones siempre imprevistas; y ante las que se desespera la inteligencia más activa, el cálculo más fino y la razon más sagaz de los hombres?

¿Será posible que una ciega vea mejor que todos los que ven, y que una loca sea más sagaz que la inteligencia de todos los que desean el premio grande de la lotería?

¿Serán los jugadores más ciegos y más locos que la fortuna?

II.

A esa fortuna se llama casualidad.

Todos estamos unánimes y conformes en dos puntos esenciales de una misma cuestion, en la cual se encierra nada ménos que el principio fundamental del movimiento humano.

Todos hemos convenido en que romperse una pierna, es una desgracia, y todos estamos conformes en que esa desgracia es muy fácil.

La mayor parte de las piernas que se rompen en este mundo, se rompen por casualidad; luego la casualidad es la cosa más fácil del mundo.

Yo niego resueltamente este segundo término de la cuestion y me fundo en un hecho incontestable.

Yo digo: Si romperse una pierna fuera fácil, dos terceras partes de los hombres, por lo ménos, deberian estar cojos; es así que..... luego *etcétera*.

Romperse una pierna es sumamente fácil siempre que se reunan todas las circunstancias necesarias para que la pierna se rompa; pero lo difícil aquí es la reunion de todas esas circunstancias: y eso es precisamente lo que hace la casualidad.

El que tenga paciencia puede observar en los hechos casuales la admirable precision con que están cogidos todos los cabos; pues mirando bien, se ve que con una sola circunstancia que falte la casualidad no se realiza.

Yo no sé lo que á ustedes les sucederá, pero yo confieso ingénuamente que esto me tiene lleno de una extraña admiracion.

La casualidad no es empírica; procede siempre con profundo y exacto conocimiento de las causas y de los efectos: hay en todos sus actos una hilacion verdaderamente científica Cada caso es un problema tan sábiamente reuelto, que el resultado no puede ser otro.

¿Qué es esto que llamamos casualidad?

¿Es que hemos tenido esa palabra como un velo para cubrir nuestra ignorancia?

A ella le atribuimos todo aquello que no entendemos ó que no queremos entender.

Hemos supuesto que existe en el órden con que todas las cosas están establecidas, una especie de elemento caprichoso que á lo mejor se mezcla en el curso de los sucesos interrumpiéndolos ó precipitándolos segun el humor con que se encuentra en aquel momento.

Cuando la casualidad produce un bien, se le llama fortuna, cuando produce un mal, se le llama desgracia, cuando no produce ni un bien evidente ni un mal palpable, se le llama simplemente casualidad.

Si a un hombre le cae la lotería se dice: ¡qué fortuna! si se rompe una pierna se dice: ¡qué desgracia! si al pasar por una puerta hay un clavo que lleno de curiosidad saca la cabeza y nos rasga el vestido, decimos: ¡qué casualidad!

Al decir fortuna, desgracia ó simple casualidad, parece como que queremos dar á entender que ninguno de esos tres acontecimientos han tenido razon completa para ocurrir.

Y es que los sucesos tienen una lógica, y la

razon humana tiene otra; es que pasan frecuentemente á nuestros ojos como viajeros misteriosos que callan á menudo de dónde vienen y ocultan siempre á donde van; es que por agudo que sea el entendimiento del hombre, rara vez taladra la primera corteza de las cosas: es que por mucho que mire, pocas veces consigue ver más allá de sus narices.

Muchas veces el hombre dispone las cosas obedeciendo á impulsos desconocidos cuyo fin ignora.

Por eso vemos tantos planes perfectamente preparados salir al revés.

Hay en todas las cosas una parte siempre oculta al hombre y su razon no puede prever más que lo que ve.

Poco ántes de empezarse la batalla de Waterloo decia Napoleon: de cien probabilidades de triunfo tengo noventa y nueve.

En esa sola probabilidad que le faltaba se habia encerrado traidoramente la derrota más formidable que registra la historia.

Ahora todo el mundo ve claramente que Napoleon le hubiera cambiado á Wellington las noventa y nueve probabilidades por esa sola probabilidad.

Es decir que hubiera cambiado todo su ge-

nio, toda su prevision militar, toda su audacia, todas sus posiciones, todo su ejercito por aquella victoria.

Hé aquí cómo se mete la mano en un saco donde hay cien números y se sacan noventa y nueve sin dar con el que se busca.

Hé aquí como la casualidad se mofa del talento, de la prevision, de la gloria, de la fuerza y del genio.

Si esto es así, convendremos necesariamente en que la casualidad tiene mucho más talento, más sabiduría y más genio que puede caber en la vasta inteligencia del hombre más grande.

Y si ahora añadimos que la casualidad es una cosa estúpida, ciega, absurda, ¿qué es lo que nos queda que decir de la soberana inteligencia del hombre?

Son curiosos y admirables á la vez los contínuos fenómenos que presenta la soberbia humana.

Por no reconocer el imperio de la Providencia hemos creado la tiranía de la casualidad.

Nos sometemos más orgullosamente á la fuerza de un poder caprichoso y absurdo que al yugo supremo de la eterna sabiduría.

Creemos que la Providencia nos humilla y apelamos á la casualidad que nos insulta; es decir, que por no inclinar la cabeza ante Dios, doblamos la rodilla ante nuestra ignorancia.

Pero así como en el fondo de cada virtud está el principio de la recompensa, así en el fondo de cada vicio está el principio del castigo.

Por eso la humildad acaba siempre por enaltecer al hombre y la soberbia por humillarlo.

UNA NUEVA CLASE.

—

En el molde culto de la sociedad moderna, se ha fundido una especie numerosa, cuyo gérmen antiguo como toda semilla, no ha podido llegar á su completo desarrollo hasta que no ha brillado en el cielo de este mundo el dia de la presente civilizacion.

Al fecundo calor del sol de este gran dia, la semilla se ha convertido en planta. Más claro: el gusano ha podido hacerse hombre.

Se compone esta clase de una serie de individuos, y áun puede añadirse de una serie de familias, que viven en las mejores casas,

comen en las mejores fondas, se visten en las mejores tiendas, pasean en los mejores coches, frecuentan los mejores círculos.

No les falta nunca un palco en la Ópera y les sobra casi siempre en la Zarzuela: parece que marchan delante de la presente civilizacion, pues no hay espectáculo, ni escándalo, ni diversion pública donde no aparezcan los primeros.

Van delante de la civilizacion que los ha engendrado como los hijos delante de la madre. Ellos marcan el movimiento progresivo de la época de esta manera: con la misma aficion asisten á las carreras de caballos que á las corridas de toros.

Cada uno de estos afortunados mortales posee un capital que le proporciona una renta vitalicia de veinticuatro horas diarias.

Filosóficamente considerados se ve que no tienen razon de ser, pero cada uno de ellos ha cuidado de buscarse un pretexto que es como un título que les da derecho á vivir.

Nacer es un hecho que el hombre necesita justificar despues para que no resulte absurdo.

En la naturaleza todo es útil, todo es necesario; y en la sociedad serian estos hom-

bres unos seres supérfluos si no hubieran tenido el cuidado de hacerse su casilla en las largas clasificaciones de la especie humana.

Vivirian aparte si no se comunicaran con la sociedad, por las puertas de los salones unos, por las puertas de los casinos otros, por las puertas de los cafés todos.

El juego es en ciertos hombres una pasion, en otros es un oficio, en estos es simplemente un pretexto: en la necesidad de ser algo son jugadores.

Lo que ellos sacan del juego está completamente fuera de los azares de la suerte.

El objeto único del dinero de nuestros dias es la especulacion, y por un contrasentido, que no es del caso explicar ahora, hemos llegado á unos tiempos en que se cree más en la fortuna que en el trabajo.

Suponed que sois un hombre honrado y que se os ocurre una idea mercantil, un pensamiento industrial, que teneis en fin, un proyecto que animado con el ingrediente de un poco de dinero y el calor de vuestro trabajo, puede llegar á ser más tarde ó más temprano una industria próspera, útil y honrada.

De las tres cosas que se necesitan para

toda empresa, teneis dos, el proyecto y el trabajo; os falta el dinero.

Sin dinero no se hace nada; ni siquiera se puede respirar sin dinero. Las palabras que vulgarmente se aplican á las cosas, suelen tener un gran sentido. ¿Qué decimos del hombre que no tiene una peseta? decimos sencillamente que está ahogado, es decir, que no puede respirar.

No teneis dinero y lo buscais.

Buscar es una cosa muy fácil que tropieza siempre con una cosa muy difícil: buscais y no encontrais.

Vuestro proyecto, vuestro trabajo y vuestra honradez no son garantías: todas las cajas se cruzan de brazos, todos los bolsillos se encogen de hombros, todas las puertas se os cierran.

No os queda más recurso que dar de balde vuestro proyecto y alquilar vuestro trabajo.

Pues no teneis ni proyecto, ni honradez, ni amor al trabajo: sois simplemente un hombre más ó ménos jugador, más ó ménos espadachin, más ó ménos buen mozo.

Es decir que sois tres veces jugador: jugais á los naipes, á las armas y á las mujeres.

Una sota puede haceros rico; una estocada

puede haceros temible; una mujer puede haceros hombre.

A los ojos de cualquier capitalista sois el gérmen de un futuro personaje, sois lo que se llama un jóven de porvenir.

No hay dinero que se esconda ante la triple brillantez de esas tres perspectivas.

Vuestra fortuna en cualquiera de esos tres juegos es una sólida garantía.

Parece mentira: la suerte inspira al dinero más confianza que la honradez y que el trabajo.

Respetemos los secretos íntimos de la fortuna; cada millonario sabrá cómo ha llegado á serlo, y nadie mejor que un capitalista puede conocer y distinguir á los hombres que han de llegar á ser ricos.

Nadie mejor que el dinero puede conocer los caminos por donde viene el dinero.

Encontrais, pues, dinero.

Con una renta vitalicia de veinticuatro horas viven en Madrid muchas gentes en medio del fausto y la opulencia.

El dinero se hereda, ó se gana ó se estafa; estos hombres ni lo heredan ni lo ganan y sin embargo lo gastan.

Leed el Código penal con detenimiento,

estudiadlo con paciencia y vereis que los delitos que se castigan son aquellos que no han sabido hacerse.

Hé aquí un absurdo:

En todo criminal castigado por la ley hay algo de inocente.

En estos tiempos de suprema sabiduría el secreto de todas las cosas está en saberlas hacer.

¡Cuántas veces no hemos visto cruzarse de brazos á los tribunales, encogerse de hombros á los jueces, bajar la cabeza á las leyes delante de delincuentes que han sabido serlo!

El Código va detrás del crímen, como la Academia española va detrás de la lengua.

Los criminales estudian mucho más que los criminalistas.

La estafa es el robo culto, el robo ilustrado, el despojo pacífico y legal; es una especie de derecho, oscuro todavía, que unos cuantos tienen al dinero de los demás.

La civilizacion moderna no reconoce clases privilegiadas y el criminal se ha civilizado como el resto de los hombres: ántes era ignorante y grosero, ahora es un criminal culto, fino, hasta elegante.

Ha aguzado su entendimiento, se ha ilus-

trado hasta el punto de poderse apropiar lo ajeno de una manera lícita.

Uno de estos hombres se paseaba un dia por la acera de una calle, tropezólo un conocido y le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí?

—Aquí estoy, le contestó, con el trabuco en la mano.

En efecto, poco despues pasó la víctima y tuvo que soltar el bolsillo.

Muchas veces se necesita ménos valor para resistirse á la boca de una pistola, que á la boca de un hombre que sabe pedir.

Otro de estos seres quiso realizar su fortuna imponiendo su capital en el banco de una mujer rica; pero este banco tenia padre, al cual era preciso pedirle la mano de su hija, única condicion que ella impuso.

El hombre acostumbrado á pedir dinero no tiene inconveniente en pedir la mano de cualquiera.

El padre, que sabia muy bien donde le apretaba el bolsillo, se fué derechamente al grano por la puerta de escape de esta pregunta:

—¿A cuánto próximamente ascenderán sus rentas de usted?

—Yo, le contestó, salgo todos los dias por quinientos reales.

—No me conviene, replicó el padre con mucha formalidad, porque el dia que usted no pueda salir no tendremos renta.

Otro habia agotado ya todos los recursos, todas las estafas lícitas y estaba á punto de quebrar.

—¿Cómo piensas salir de esta situacion? le dijo un amigo suyo.

—Casándome, le contestó.

—¿Con quién?

—Con fulana.

—Es millonaria, pero es muy fea.

—Tanto mejor, así tendré dinero y no tendré mujer.

Otro poseia unas cartas algo indiscretas de una mujer, algo más que indiscreta, y en un apuro las negoció vendiéndolas á la misma de quien las habia recibido; y mostrando un monton de oro á un amigo suyo le decia: Todo este dinero, lo tenia en papel.

Otro se encontraba casi á las puertas de la cárcel; eran las únicas puertas que veia abiertas.

Estos hombres suelen tener familia y este tenia una prima, que á más de prima era rica.

Pretenderla era inútil ó largo, deshonrarla era más fácil y más breve, y el hombre se hizo pagar á peso de oro el daño que habia hecho.

La sedujo para que tuvieran que comprarlo.

Los piés se hunden sobre este lodo y no quiero pasar adelante.

El Código penal se detiene aquí como uno se detiene delante de la puerta que no es la de su casa.

Yo pregunto:

¿No se averigua el capital que tiene en movimiento la industria?

¿No se mide á palmos las tierras de los propietarios?

¿Cómo no se indaga de qué capital, de qué propiedad, de qué industria, de qué trabajo sacan esas gentes las rentas que diariamente derrochan?

Para imponer una contribucion se puede registrar hasta el último rincon del bolsillo del ciudadano, y para imponerle el respeto siquiera que á la sociedad se debe, ¿no podrá preguntarse á esos hombres de qué viven?

PENSAMIENTOS ÍNTIMOS.

—

El paraguas es un sofisma.

La prueba es muy sencilla. ¿Llueve? pues coja usted uno y salga usted á la calle.

Las celebridades son la perdicion de mucha gente.

Por ejemplo: la fortuna de un jugador es con frecuencia la desgracia de muchas familias.

Adviértase que el menor daño que causa el jugador afortunado, es el de ganar el dinero á los que juegan con él.

El verdadero daño lo causa la fama de su fortuna.

Si un hombre arruinado por el juego es un ejemplo contra el vicio de jugar que pueden aprovechar algunos, otro hombre enriquecido por el mismo medio, sirve de estímulo á todos.

Y como no hay manera de que la ruina de uno no haga la fortuna de otro, la cuenta no puede ser más clara.

A la lotería se juega porque de treinta mil jugadores les suele caer á veinte. Esto es lo que se ve; lo que no se ve son los veintinueve mil nuevecientos ochenta á quienes no les cae.

Es raro que se vean veinte que ganan y no se vean veintinueve mil que pierden; y es que los ojos humanos son así; no ven más que lo que brilla.

Un jugador célebre por sus ganancias hace más jugadores que el mismo juego.

Hay en esto otra fatalidad constante: nada obliga á jugar tanto como el perder.

El talento es una cosa tan caprichosa como la fortuna.

Son inútiles todos los esfuerzos que se hagan para que aparezca donde él no quiere estar.

Los hombres de cierta clase de talento, suelen hacer mucho daño.

Ejercen sobre los demás un atractivo funesto.

Hay tontos que serian muy útiles á sus familias y á la sociedad si el brillo de ajenas celebridades no los sacara de su centro.

Zorrilla hizo una innumerable coleccion de malos poetas.

Dumas ha creado el enjambre de novelistas que nos inunda.

Los filósofos alemanes han fecundado en España una generacion de sabios que asusta.

Cada celebridad es una especie de tentacion que arrastra fuera de su camino á mucha gente.

Si en vez de cultivar el campo de la literatura, el campo de las bellas artes, el campo de la filosofía alemana y el campo de la política, se dedicaran muchos al cultivo de los campos verdaderos, ¡pobre España! serias más rica.

Vivir es quitarse la vida.

Ese renglon aparece ahí tan solo porque es verdad lo que dice.

Nos aterra ver una pistola en las manos de un niño y no nos asusta ver á un niño en las manos de un maestro impío.

¿Sabeis lo que es un banquero? Es un pobre cargado de oro; la miseria en toda su profundidad y la opulencia en toda su extension.

Teniendo yo los millones de un banquero, seria muy rico, pero siendo banquero seria un miserable.

La vida va siendo muy cara.

Matusalen no se atreveria á vivir nuevecientos años en estos tiempos, porque ¿dónde ha-

bria de encontrarse capital bastante para tan larga vida?

Hay descubrimientos que cuestan muchísimo más de lo que valen.

Desde que los ingleses han averiguado que el tiempo es oro, no hay manera de que la vida sea barata, pues sólo con gastar tiempo se gasta una fortuna. Véase si es posible vivir sin hacer ese gasto y se comprenderá que la vida es un artículo de lujo.

Yo me alegraria que los economistas, que no hacen más que perder el tiempo, se fijaran bien en esta cuestion que es de suma importancia.

Téngase á la vista que siguiendo las cosas como van, es decir, que continuando en alza creciente el valor de la vida, la humanidad va á llegar á ser una coleccion de tuertos, porque al fin y al cabo vendremos á parar en que vivir costará un ojo de la cara.

Pensemos alguna vez en la suerte que les estamos preparando á las generaciones futuras.

En las carreras de caballos sucede lo mismo que en la carrera de los hombres; el pre-

mio se lo lleva siempre el que llega ántes.

Y esto se comprende perfectamente: haced de los premios lo que de sí mismas hacen las mujeres, que son del último que llega, y se acabó el progreso; la humanidad se pararia como un reloj que le falta la cuerda; nadie daria un paso; todo el mundo estaria empeñado en quedarse atrás.

Y el progreso es esta precipitacion con que nos empujamos unos á otros para llegar ántes al fin de nuestros deseos; este afan de anticiparnos, esta impaciencia por llegar corriendo á recoger el premio de nuestras pasiones ó de nuestros errores; si el progreso es esta prisa de vivir que nos devora, preciso es confesar que hemos dado un paso en vago suprimiendo las vinculaciones.

El padre reunia su fortuna, la acotaba y decia: «Todo esto es para aquel de mis hijos que llegue primero.»

Imposibilitado el padre de señalar este premio al vencedor en la carrera ¿qué hijo se tomará el trabajo de nacer ántes que sus hermanos?

La oportunidad es el gran mérito de todas las cosas; es lo que hace respetable á un cronómetro y risibles á esos relojes que señalan las cuatro á las once y dan las nueve á las cinco.

Llegar á tiempo, es algo, es mucho, es todo.

El que se atrasa llega tarde, y el que se adelanta no llega nunca: llegar tarde es lo mismo que no llegar.

Somos mucho más ricos que los ingleses y lo voy á probar aritméticamente: Una libra inglesa vale noventa y cinco reales y una onza española diez y seis duros. No me cambio por ningun inglés.

Si la libra valiera diez y seis duros y la onza noventa y cinco reales, tampoco me cambiaria.

El agua es un elemento que representa una cantidad verdaderamente líquida.

El diluvio no fué más que una terrible liquidacion que se hizo entre el cielo y la tierra.

Un ajuste de cuentas del que sólo quedó como diferencia á favor de la humanídad el resíduo de Noé y sù familia.

Esto fué lo único que se pudo salvar de aquella formidable bancarrota.

Esto fué lo único que se encontró en el arca.

Al aceptar el comercio la palabra liquidacion, aceptó ùna gran palabra.

Para llegar á la profundidad de su sentido hay que descender por esta pendiente.

Liquidar es convertir en líquido lo que era sólido, es deshacer lo hecho, es hacer agua, es naufragar.

En Madrid aparece de vez en cuando sobre las puertas de los comerciantes, en grandes caractéres esta terrible palabra: LIQUIDACION.

En mis oidos suena como un grito de socorro, y siento subir á la superficie de mi pensamiento estas dos combinaciones de sílabas:

«Esa casa naufraga», «ese hombre se ahoga.»

Regla general: todo comerciante despues de contar una á una las monedas que forman la ganancia del dia, se lava las manos.

Veis que un hombre pierde el equilibrio y cae, lo veis y seguís vuestro camino.

Si no llevais mucha prisa os esperareis á ver como lo recobra.

Pero no es un hombre el que se cae, es un bolsillo que se rompe como una nube derramando sobre las baldosas una lluvia de monedas, que saltan sobre el empedrado como si estuvieran vivas.

Seamos ingénuos: el primer impulso que sentimos todos es el de bajarnos y coger.

Para que una moneda permanezca en el suelo es preciso que nadie la vea.

Esta es la única regla general que no tiene excepcion.

Un hombre, una mujer, un niño pueden permanecer mucho tiempo, una noche entera, tendidos en un portal, en medio de la calle ó al pié de una esquina sin que nadie los recoja.

Hay familias que no tienen casa ni albergue, hay personas que no tienen camisa, ¿pero hay alguna moneda que no tenga bolsillo?

¡Orden! hé aquí una gran palabra.

Hoy viene á ser, como si dijéramos, el juicio de la locura.

Hay cosas tan absurdas que sólo se pueden explicar por medio de contrasentidos.

El órden es hoy esa perversion moral que circula sosegadamente por todas las venas de la tranquilidad pública; ese motin pacífico que se extiende por todas partes sin que nadie se alarme.

Es una especie de asonada legal contra la que no es necesario suspender las garantías constitucionales, ni hay para qué poner la tropa sobre las armas, ni urgente decretar estados de sitio.

Es ese movimiento regular, uniforme y acompasado con que la gota de agua cae obstinadamente sobre la piedra hasta hacerla pedazos.

Todas las casas de prostitucion tienen una historia comun: es un camino que, como todos los caminos, se anda paso á paso.

La tísis del alma es lo mismo que la tísis del cuerpo: marcha en períodos ordenados, con precisa regularidad, con el mayor órden, dentro siempre de su constitucion, sin salirse nunca de los términos de su legalidad.

El mal se ha hecho prudente, el desórden se ha hecho juicioso.

Lo que hay que destruir es la fuerza moral; ese poder que no ayuda nunca más que á la razon, á la verdad y á la justicia.

Haced la barricada legal de un periódico, arrojad á la calle el ilustrado motin de un libro, lanzad sobre la multitud la sedicion razonada y pacífica de un discurso.

¿Para qué quereis el ruidoso medio de un fusil ni el elemento trastornador de una barricada, si podeis armaros con las leyes y destruir la sociedad?

¿Dónde está el valiente que se atreve á conspirar cuando no es necesario?

¿Quién es el imbécil que se arriesga á escalar el balcon cuando puede entrar por la puerta?

Este es el órden.

Ante tan profunda seguridad es preciso llevar un grillete para no dormir á pierna suelta.

Tú eres una jóven de quince años: tus ojos son bellos, tu nariz correcta, tu boca graciosa. Tienes un corazon puro y un alma limpia.

Cualquiera que te mire comprende que no eres fea, todo el que te oiga descubre que eres buena.

Entre los diferentes pensamientos que han cruzado por tu imaginacion ha pasado uno que traducido dice así: «yo no quiero ser monja.»

Esto no es más que una manera que encuentras tú para decirte á tí misma que quieres casarte.

El mundo está lleno de hombres que tienen veinticinco años, y por poco que andes es inevitable que tropieces con alguno.

Despues de este tropiezo dos miradas y cuatro monosílabos hacen mucho, lo hacen todo.

Con cierta inquietud y con cierta alegría averiguas que tienes novio.

Un dia hace tu novio lo mismo que hacen todos los canarios cuando la puerta de la jaula tiene la indiscrecion de quedarse abierta. Esto es, se va.

Lo primero que hace una niña á quien se le escapa el pájaro que tiene entre las manos, es abrir la boca y romper en llorar.

A los quince años se puede ser mujer, pero es muy difícil haber dejado de ser niña: por

consiguiente tú tambien rompes en llorar, pero el pájaro no vuelve.

Es preciso hacer algo y ocultas primero tus lágrimas como si fuera una vergüenza, tenerlas: despues enjugas tus ojos y tomas una resolucion.

Pronto envuelves en un mismo lio todos estos objetos: un retrato, un rizo, dos ó tres flores secas, un guante roto, una sortija y muchas cartas.

Este lio sale de tu casa y poco despues entra otro equivalente.

Todo se acabó.

Así parece, pero no es así.

Tú experimentas en el fondo de tu corazon un sentimiento muy natural: quieres hacerle ver al ingrato el tesoro que ha perdido.

¿Cómo? brillando.

Las virtudes son oscuras.

En Madrid no hay ninguna mujer célebre por su honestidad, ni por su recato, ni por su prudencia, ni por su ternura, ni por su constancia, ni por su fidelidad.

La mayor parte de ellas tienen todas esas virtudes, pero la celebridad no puede ser de la multitud.

La virtud es de cualquiera.

Respetada y querida puede ser esta mujer y aquella y la otra y muchas; admiradas lo son pocas.

Si los diamantes no brillaran, no nos causarian admiracion.

Tú quieres ser un diamante cuyos caprichos obliguen á la luz á traer sobre tí las miradas de todos.

El lujo es el lapidario que hace de una simple mujer, una mujer brillante.

Desde el momento en que empiezas á brillar se traza á tu alrededor un círculo de admiradores.

¡Cómo te vengas!

El ingrato comprende entónces que en efecto ha perdido una joya.

¡Pobre pájaro! vuelve á la jaula porque le han dorado los alambres.

Dejó un corazon puro, un alma inocente, y vuelve á recoger una falda de encaje ó un collar de perlas.

¿No es este un gran negocio?

Mirad á un mono con atencion y os parecerá un hombre que no quiere hablar porque no le cojan la palabra.

La vejez, digan lo que quieran los filósofos, no es más que la imposibilidad en que el hombre se encuentra de continuar siendo jóven.

No hablo de las mujeres, porque para ellas no hay nada imposible.

Por el mundo político no se puede andar más que de dos maneras: con la lengua por el suelo ó con la navaja en la mano.

El juego de las instituciones ha venido á ser una cosa parecida al juego de la lotería.

Fundo mi observacion en dos razones, que numero para que no se confundan, y son las siguientes:

Primera: todos ponemos.

Segunda: sólo le cae á unos pocos.

Pero, ¡oh admirable equidad de la lengua castellana! Todos podemos decir con profundo convencimiento: «nos ha caido la lotería.»

Hombre público no es aquel que pertenece á todos, sino el otro que todo lo hace suyo.

Nuestra civilizacion se distingue principalmente por un espíritu de tolerancia que viene á ser como el refinamiento de la cultura moderna.

Elevando la consideracion se ve que la moral, la virtud y las leyes están tan altas, que todo puede pasar por debajo de ellas.

Tolerancia es esa ilustrada precaucion con que se tolera todo lo que se prohibe.

Y bien mirado ¿por qué la moral no ha de tener la virtud de la paciencia? ¿por qué no ha de bajar alguna vez la cabeza ante los ultrajes de sus enemigos?

¡Tolerancia! Esta palabra oculta un sentido civilizador, más hondo de lo que parece á primera vista.

No se atreve á decirlo, pero quiere decir: «La moral, la virtud y las leyes son ya inútiles.»

En todo el rigor de la palabra no se puede llamar tolerancia al consentimiento de lo que es lícito. No hay un marido en el mundo que se atreva á decir: «Yo tolero que mi mujer sea honrada.» Un marido tolerante ya sabemos todos lo que es, y eso precisamente

queremos que sean la moral, la virtud y las leyes.

La lógica es feroz: para que el hombre sea bueno son necesarias las leyes, la virtud y la moral; mas para que el hombre sea libre, sobran la moral, la virtud y las leyes.

Esa suma se completa, vaya un absurdo, restando. Hay que sustraer de ella esta idea:

La tolerancia no es más que un anticipo que nos hace la libertad.

Poco ántes de descubrir el secreto de la gravitacion universal, hizo Newton otro descubrimiento tan sencillo y tan natural, como el que poco despues inmortalizó su nombre.

Quizá uno y otro descubrimiento, produjeron en el alma del sabio igual sorpresa.

Newton descubrió que en una despensa contigua á su habitacion habia ratones.

Es probable que algun queso alevosamente roido lo pusiera en camino de su averiguacion.

Y es tambien muy probable que en sus primeras sospechas esté el primer relámpago de

la luz que más tarde le hizo ver clara y distintamente la ley de las atracciones.

Nada se aventura con sospechar que esto pudiera ser, esa mirada que dirigimos á las cosas ántes de verlas.

Algo de esa parte casi inconcebible de toda planta que existe encerrada en la semilla.

Lo que es la unidad en todas las cantidades.

Averiguado que el queso ejerce sobre los ratones una atraccion poderosa; ó de otra manera: averiguado que el centro de gravedad de los ratones es el queso, el problema de la gravitacion universal estaba por decirlo así planteado.

Newton, sin embargo, no vió así las cosas, pues inmediatamente decidió oponerse al rayo de luz que le daba en la cara.

Tiene la naturaleza establecido en todas sus obras un órden particular que nunca interrumpe ni amolda á las clasificaciones de las ciencias.

Los naturalistas proceden estableciendo un órden de especies, de razas, de familias; ordenando la creacion como las letras de una palabra, como las palabras de un renglon, como los renglones de una página, como las páginas de un libro.

La naturaleza, por el contrario, mezcla las especies, las razas y las familias.

Así es que leyendo á Buffon, tropezamos con los ratones en el tomo primero, por ejemplo, y no damos con los gatos hasta el tomo quinto, cuando es público que los gatos andan siempre detrás de los ratones y que basta decir ratones, para que la idea del gato salte á nuestros ojos como salta la chispa al choque de la piedra y del acero.

Ordénese el mundo por el sistema de los naturalistas y el mundo se acaba.

Newton en esta ocasion prescindió completamente de las clasificaciones de la ciencia y, siguiendo el órden vulgar de la naturaleza, pasó rápidamente de la idea de los ratones á la idea de los gatos.

Considerándolo bien, los ratones son una especie de pretexto de que se valen los gatos para disfrutar sin peligro de todas las comodidades de los hombres.

Newton tampoco pensó en esto y adquirió dos gatos, uno grande y otro pequeño.

La esfera, por decirlo así, en que giraban los ratones atraidos por el queso, era la despensa.

Este estómago prévio de toda casa donde

se come, tenia una puerta, y Newton concibió la idea de dos agujeros por los que pudieran entrar y salir cómodamente los dos gatos.

Ya he dicho que uno era grande y otro pequeño.

Todo el mundo sabe que los agujeros únicamente se hacen solos cuando no se necesitan, y Newton en esta ocasion tuvo que recurrir á un carpintero.

—Abrid en esta puerta, le dijo el sabio, dos troneras, una para que pueda entrar el gato grande, y otro para que pase el gato pequeño.

El carpintero debió rascarse la cabeza, morderse las uñas y decir:

—Son dos gatos; esto es verdad: dos gatos.... eso es, dos agujeros.... este es el órden, pero.... ¿no puede entrar el gato pequeño por el agujero del grande?

Newton quiso replicar, vaciló un momento y se echó á reir. El carpintero abrió una sola tronera para los dos gatos.

El sabio no tuvo inconveniente en reirse de sí mismo: su risa fué verdaderamente sábia.

El pensamiento es este: el sabio que se rie de sí mismo es el más sabio.

¿Quereis medir de una sola ojeada toda la extension de nuestra prosperidad? Más claro: ¿quereis ver los límites en que hemos encerrado la pobreza?

El cálculo es muy sencillo; el problema es este:

Siendo verdaderamente pobres todos los que necesitan más de lo que tienen ¿cuál sera el número de los que piden limosna?

La operacion es sencillísima, no hay más que sumar.

Los que se han dedicado á ajustar la cuenta del trabajo, comparada con la cuenta del jornal, no han querido pasar de los talleres y de las fábricas á los gabinetes y á los salones.

No han querido ver más trabajo que el que se presenta públicamente á los ojos de todos, sin querer levantar su consideracion á ese otro trabajo incesante, contínuo de todos los dias y de todas las noches que se oculta por una modestia respetable detrás de las cortinas de un tocador ó detrás de los vidrios de un coche, cubriéndose siempre con el as-

pecto de la indolencia, de las comodidades y del lujo.

La costurera apenas trabaja comparada con la hermosa jóven para quien su fina aguja da tantos puntos y sus menudos piés tantos pasos.

¡Hermosa criatura, digna de verdadera compasion!

Las doce del dia, tan alegres para todo el mundo, suenan en sus oidos tan pronto, que las oye con mucho más disgusto que la costurera las seis de la mañana.

Apenas ha dormido.

Despues del cansancio de un baile, las doce del dia debian ser ménos impacientes.

De cualquier modo hay que sacudir el sueño de aquellos ojos cansados de hacer esas encantadoras evoluciones con que es preciso mirar para embellecerlos.

Hay que poner en movimiento por la accion irrecusable de un bostezo aquellos labios rendidos por la fatiga contínua de fabricar encantadoras sonrisas á gusto de todos.

Hay que erguir nuevamente el perfecto talle oprimido aún por el peso de aquella falda cuajada de perlas que ha sido la admiracion de la fiesta.

En una palabra, hay que volver al trabajo; hay que comenzar de nuevo la minuciosa tarea de arreglar los cabellos, de suavizar el semblante, de dar brillo á los ojos y trasparencia á las manos, dulzura á la sonrisa y dulces movimientos al talle.

Pensad en una actriz cuya tarea empezara al abrir los ojos y concluyera al cerrarlos, y tendreis una medida exacta del trabajo inmenso que pesa sobre los delicados miembros de esa gentil criatura.

Por eso la veis entrar tarde en los teatros, tarde en los salones, muy tarde en los paseos; sus visitas son breves, sus saludos rápidos, su coche va siempre como una flecha.

No tiene tiempo para nada.

Este trabajo incesante que se renueva todos los dias y que se aumenta en proporcion de los años, no es un trabajo que vale cinco reales, por el contrario, cuesta muchas fortunas.

En Madrid no hay vagos, es imposible que los haya; y pensando sériamente podemos decir que el trabajo de los que no tienen nada que hacer es el trabajo que más humilla y

el que más consume la fuerza del cuerpo y la vida del alma.

Nacer sabe cualquiera; pero en cualquier sentido que se tome la frase, yo afirmo que es muy difícil saber vivir.

Cuentan que Isidoro Maiquez salió una mañana de su casa.

Esto parece bastante creible para que nadie se tome el trabajo de ponerlo en duda.

Poco despues de encontrarse en la calle, bajó los ojos y su mirada tropezó con un obstáculo inesperado, y el gran actor se detuvo repentinamente.

Por el movimiento que hizo debe inferirse que lo primero que se le ocurrio fué retroceder, pero algo debió contenerle, porque se detuvo con esa perplejidad que se observa en la fisonomía, en la actitud y en los ademanes del hombre que no sabe qué partido tomar.

Si en vez de encontrarse en la calle interpretando su propio pensamiento, se hubiera encontrado en la escena interpretando un pensamiento ajeno, Maiquez hubiera recogido numerosos aplausos.

Muchas veces habria representado con ad-

mirable perfeccion la actitud indecisa de un hombre que lucha entre dos pareceres opuestos, que oscila como un péndulo entre dos movimientos encontrados, en medio de una multitud asombrada de su genio.

En la escena, delante del público, Maiquez habria arrebatado al expresar la situacion en que ahora lo encontramos.

Para alcanzar ese triunfo, necesitaba muchas horas de observacion y de estudio, repetidos ensayos delante de un espejo, todo su talento y todas sus cualidades.

En medio de la calle, sorprendido por un obstáculo imprevisto, sin preparacion, sin ensayos, sin estudio, sin espejo, sin saber á punto fijo lo que hacia, Maiquez interpretó mucho mejor que en la escena la situacion de un hombre que no sabe qué camino tomar.

Puede decirse que Maiquez en la calle era superior á Maiquez en el teatro.

¡Qué fisonomía, qué mirada, qué gesto, qué movimiento de indecision, de duda en todos los detalles de su actitud!

No hay necesidad de haberlo visto para comprender la perfeccion y la naturalidad con que debió interpretar la situacion repentina en que se encontraba.

Si el actor hubiera podido observar en aquel momento al hombre, Maiquez se hubiera copiado á sí mismo en la primera ocasion oportuna.

El arte es ese esfuerzo supremo que hace el talento para imitar lo que todos hacemos sin esfuerzo ninguno.

Es muy raro lo que sucede en esto. Calcúlese el talento que necesita un autor para imitar perfectamente á un tonto.

El arte es la mentira de la verdad.

O de otra manera.

Es una verdad que no le falta mas que serlo.

Hay algo de irrision en esa dificultad que todos encontramos para copiar á los demás y hasta para copiarnos á nosotros mismos.

La naturaleza y la verdad no quieren ser suplantadas: si el hombre fuera una moneda, el cómico no seria más que un monedero falso.

Maiquez se encontró detenido por un obstáculo imprevisto.

Parece mentira: tropezó con sus botas.

Llevaba en sus piés el obstáculo que se le habia puesto delante; sus botas se habian pegado al suelo y no lo dejaban andar ni retroceder.

Esto debe parecer increible, pues ocurrió en una época en que aún no se habia aplicado el *asfalto* á las calles de Madrid.

Pero téngase en cuenta que no hay nada ten pesado como los piés de un hombre que no sabe si seguir adelante ó volver atrás.

Maiquez se hallaba encadenado por esa red en que algunas veces nos envolvemos, que es muy difícil de romper y que se llama perplejidad...

Habia caido en ese lazo que tan hábilmente suelen tendernos los sucesos, que tanto trabajo cuesta desatar y que sea donde quiera el lugar en que nos sorprende, siempre es un callejon sin salida.

En cualquier parte del mundo puede encontrarse el hombre entre la espada y la pared, porque esa pared y esa espada están en todas partes.

La situacion de Maiquez era real y verdaderamente angustiosa, y la causa de su perplejidad era la siguiente.

Habia notado que sus botas no estaban limpias, y Maiquez era un hombre que se vestia con tanto esmero para salir á la calle, como para salir á la escena.

Para un hombre limpio este descubrimiento

es un obstáculo insuperable que corta el paso y Maiquez se detuvo como si repentinamente se hubiera abierto un abismo á sus piés.

Cuando un obstáculo insuperable nos acomete de frente lo que hacemos todos es retroceder, y el gran actor verificó la mitad de ese movimiento por medio del que se pone la espalda donde ántes se tenia el pecho.

Cuanto más se ha andado en un camino, tanto más difícil es retroceder.

En el camino de la vida esto es tan evidente, que no hay forma posible de retroceder á la juventud despues que se ha llegado á la vejez.

Maiquez al volverse tropezó con un inconveniente que él mismo habia tejido paso á paso: se encontraba á demasiada distancia de su casa para volver á ella.

Hé aquí la alternativa en que se veia preso: sus botas le impedian seguir adelante y su casa estaba demasiado léjos para volver atrás.

La situacion era terrible.

Napoleon debió experimentar una desesperacion parecida al encontrarse detenido por el incendio de Moscou: no podia continuar y habia andado mucho para retroceder.

Como Napoleon, hubiera retrocedido Mai-

quez, si un rayo de luz no le hubiera abierto otro camino.

La luz suele tomar formas muy raras, y esta vez tomó la figura de un rótulo; y por otra de sus rarezas el rayo de luz partia del fondo de un portal oscuro y estrecho.

Maiquez debió ver esto como se ve un relámpago en medio de la oscuridad.

Tenia delante un portal, y en aquel portal habia un limpia-botas: dió un salto y entró.

El limpia-botas se apartó para abrirle paso con manifiesta solicitud y comenzó á dar brillo á aquellas botas que habian tenido la imprudencia de salir á la calle sin limpiar.

De vez en cuando levantaba la cabeza y miraba á Maiquez con una expresion afable y curiosa.

Maiquez pensó que estaba sufriendo una de esas impertinencias que lleva consigo la celebridad.

Como todo tiene fin en este mundo, el limpia-botas acabó su trabajo y Maiquez quiso poner en sus manos una moneda de plata.

El limpia-botas se retiró con cierto aire de dignidad ofendida y dijo:

—Eso, de ningun modo.

—¿Por qué? preguntó Maiquez.

—¡A un compañero....! replicó el limpia-botas. Eso no estaria bien.

El gran actor registró su memoria á ver si se acordaba de haber sido alguna vez limpia-botas, pero no pudo recordarlo, y dijo con admiracion.

—¡Un compañero!

—Sí, ya lo creo; hemos trabajado juntos.

—¿Dónde?

—En el teatro.

—¿En qué?

—En el *Diluvio Universal.* ¿No me recuerda usted?

—¡No recuerdo!

—¿No recuerda usted los leones que iban encerrados en el arca? yo era el leon primero.

Si Maiquez viviera hoy, veria que aquel limpia-botas ha producido una generacion de actores; veria que ha crecido de tal modo el número de sus *compañeros*, que no hay más que primeros leones.

De ese cuento sale esta cuenta.

Sin duda ninguna convendria suprimir las botas de charol.

De esa manera se aumentaria el número de los limpia-botas y se disminuiria el de los actores.

—¿Qué ganariamos?

—Mucho.

—¿Cuánto?

—Todo lo que hemos perdido desde Maiquez acá.

Pedir limosna en las calles de Madrid es un acto que tiene el mismo aspecto que introducir furtivamente la mano en el bolsillo del transeunte y quitarle el peso del pañuelo.

Lo mismo se guarda el pobre que el ratero.

Si á la vez os piden limosna y os roban, podeis llamar al municipal que pasea la calle ó al sereno que duerme en la esquina, y decirle indignado: «Esa pobre anciana me ha pedido una limosna, y este pilluelo me ha metido la mano en el bolsillo.»

En el acto vereis que la anciana es conducida al hospicio y el ratero á la cárcel.

¿Hay alguna diferencia? Sí; una, inmensa.

El ladron saldrá del Saladero ántes que la anciana del hospicio.

Parece que el robo es ménos culpable que la miseria.

El principio que concede al hombre el derecho de elegir es un gran principio.

Vamos á verlo.

El hombre elige:

Sus amigos;

Su mujer;

Sus criados.

Rara vez encuentra un buen amigo, por casualidad tropieza con una mujer á su gusto, todos los dias está cambiando de criados.

El hombre no puede elegir:

Ni á su padre;

Ni á su madre;

Ni á sus hijos.

Rara vez encuentra un mal padre, nunca es para él mala su madre: sus hijos son siempre los mejores.

El principio será una gran cosa; pero se ve que el hombre tiene muy mala mano para elegir.

El vecino de Madrid se despierta por la mañana y abre los ojos.

Lo primero con que tropieza es con esas líneas indecisas de luz con que se iluminan

al amanecer todas las junturas, todos los resquicios de las maderas de todas las puertas y de todos los balcones.

Es el dia, que pasa por la calle fresco y sonrosado y que introduce sus miradas curiosas por las cerraduras de las puertas, al través de los cristales y de las persianas.

Es el sol que todo lo ha visto ya y entra en la oscura morada del hombre y echa sobre sus púrpuras un rayo de filosofía y de experiencia; parece que le dice: «abre los ojos.»

Esta primera luz con que nos encontramos al despertar, es una especie de lima sorda que come poco á poco la cadena con que el sueño nos sujeta.

Es como una proclama luminosa que produce en todas partes un levantamiento general.

El vecino se levanta y abre los balcones, que son á las casas lo que son los ojos á la cara, y el dia se precipita y todo lo inunda.

La mirada se tiende por todas partes satisfecha de su penetracion: todo lo ve claro.

La realidad de las cosas se presenta en completa y desvergonzada desnudez.

El dia, esa cosa tan alegre y tan risueña, es un triste desengaño.

Es la luna magnífica de un gran espejo en el que todas las cosas se retratan como son.

Cosa singular: las ilusiones, las esperanzas, los temores, los deseos, las inquietudes, las tristezas y las alegrías se desnudan de sus fantásticos ropajes cuando el hombre se viste.

Pongamos un ejemplo.

El hombre que se despierta tiene veinticinco años, y como si quisiera compensar la locura de tener tan pocos años, ha cometido la tontería de enamorarse.

Por una de esas combinaciones tan frecuentes en el mundo, su corazon y su bolsillo están siempre en abierta contradiccion.

Un corazon lleno y un bolsillo vacío.

Esto es, un tesoro que pide limosna.

Invirtiendo los términos resulta un bolsillo lleno y un corazon vacío.

Esto es, la miseria opulenta.

La luz que entra por las junturas de la ventana va borrando poco á poco los bellos contornos de la dulce imágen que el amor tiene grabada en su imaginacion.

El sol obra sobre su alma como un disolvente.

La vision que se le ha aparecido en la oscuridad del sueño se ha evaporado en cuanto se han abierto sus ojos.

Registra inútilmente todas las profundidades de su corazon buscando el retrato que acaba de robarle la luz del dia.

Disipada la imágen, siente en su alma ese vacío desconsolador que vemos en todos los marcos cuyos lienzos han desaparecido.

Es decir, ese vacío que dejan todas las cosas cuando abandonan el sitio donde deben estar.

Ese hueco que hay en una flor sin hojas, en un árbol sin ramas, en una lámpara sin luz, en un cielo sin sol, en un lago sin agua.

Perdido ese retrato que las mujeres dan con tanta facilidad á cuantos las miran, hace lo que todo jugador que ha perdido la primera apuesta: se propone una jugada por medio de la que se desquite y gane de un solo golpe.

Ha perdido el retrato y quiere adquirir el original.

Esta idea le da todo el vigor que un hombre necesita para sentarse en la cama.

En esa actitud le sonrie la esperanza de ser querido: el nuevo resorte le imprime un nuevo movimiento.

Salta de la cama y empieza á vestirse.

No ve bien y tiene la imprudencia de abrirle paso á la luz del dia que hace una hora espera que le abran para entrar.

Esa esperanza última de su sueño se va disipando poco á poco, conforme la luz del sol que penetra por la ventana le va señalando los estragos que el tiempo y el uso han hecho en sus vestidos.

Empieza á la vez dos especies de monólogos, opuestos, contrarios, mortalmente enemigos.

Habla á la vez con su único amor y con su única ropa.

Todavía flotan en su imaginacion algunos restos de la imágen querida, como esas sombras que flotan detrás de las montañas y detrás de los árboles pocos momentos despues de amanecer; como flotan agitados por las olas del mar los restos de un naufragio; como flotan, en fin, sobre la superficie de la memoria los recuerdos prontos á sumergirse en el olvido.

Aún ve algo de aquellos rizos negros, sua-

ves y brillantes, al mismo tiempo que su pantalon le muestra la tela deslustrada, áspera, encanecida.

Todavía vislumbra el limpio color de aquellas frescas mejillas, cuando su corbata se le pone delante de los ojos ajada, descolorida y sucia.

Si puede decirse así, con un ojo sigue el encanto fugitivo de aquella armoniosa sonrisa y con el otro contempla la sonrisa irónica de sus pobres botas.

Así la luz cayendo sobre la realidad va disipando las ilusiones de su fantasía.

Conforme va vistiendo su cuerpo se va desnudando su alma.

El hilo de oro de su esperanza se rompe al fin ante los hilos de algodon ó de lana que forman el tejido de su pantalon, de su chaleco y de su levita.

La trama de sus ilusiones se deshace ante la trama de su ropa.

Él es joven, pero sus vestidos son viejos.

Su corazon se encuentra lleno, pero su bolsillo está vacío.

El amor, sea de la especie que quiera, tiene siempre un pudor invencible.

No hay enamorado que se atreva á ponerse

delante de la mujer que quiere, enseñando los codos.

Este hombre ha caido de la oscuridad de su sueño á un abismo de luz.

Es claro. Habia volado libremente con las alas de su deseo, y ahora se encuentra sujeto por las duras cadenas de la realidad.

La sombra era su esperanza, la luz le ha traido el desengaño.

¡Qué dichoso cuando nada veia! ¡qué infeliz cuando todo lo ve!

¡Cuánta oscuridad queda en su alma despues que sus ojos se han inundado de luz!

Esto es más claro que la luz del dia.

Hacerse rico. Hé aquí una frase que el sentido comun ha sustituido admirablemente con esta otra: hacerse hombre.

Imaginémonos un semblante cuyas arrugas indican que se ha usado ya mucho tiempo.

Los ojos se ocultan indiferentes detrás de unos párpados cuyo peso se puede calcular

por el trabajo que cuesta levantarlos : se esconden como si ya todo lo hubieran visto.

Las miradas vacilan en ellos como la luz de una lámpara á la que empieza á faltarle el aceite.

Momento es este en que las mujeres comienzan á huir de los espejos, de la misma manera que se huye de esos amigos burlones que á fuerza de tratarnos se toman con nosotros demasiada confianza.

Imaginémonos á esta mujer afligida ante la cruel impotencia de los cosméticos más eficaces.

En vano lucha por arrojar sobre la multitud que ya no la admira el último resplandor de su hermosura.

Experimenta en el fondo de su corazon una pena que se parece mucho al remordimiento.

Con esa terrible ironía con que la reflexion nos martiriza tan á menudo, piensa que podria ser jóven aún, si hubiera tenido la precaucion de nacer diez años despues.

No hay nada más desconsolador que las reflexiones inútiles.

Bella: esta palabra que sus ojos leian en todas partes, estaba escrita con una tinta

demasiado frágil y se ha borrado : era tinta de color de rosa.

En cambio unas cuantas letras se han empapado en tinta negra, y han impreso sobre su frente este letrero : *Vieja.*

Para mayor tormento, esa palabra terrible cada vez aparece más profundamente grabada.

Allá en el fondo de su deseo y de su desesperacion, encuentra un término medio, que seria una gran cosa si los términos medios hubieran alcanzado alguna vez el privilegio de ser algo.

Ella dice : Yo me resignaria á no ser jóven, si pudiera evadir la triste necesidad de ser vieja.

Indudablemente el no tener pocos años seria indiferente, si eso no nos obligara á tener muchos.

Cuando no se ve nada todo se ve negro.

Hé ahí un renglon que se debe leer á tientas.

Económicamente considerada, la miseria es un artículo de lujo, un verdadero despilfarro, porque no hay nada que cueste más caro que ser pobre.

Ser rico es evidentemente una economía, porque al pobre todo le cuesta doble que al rico.

El que tiene algo puede no gastar más que la mitad, pero el que no tiene nada gasta siempre doble.

Políticamente considerado, el pobre era ántes un ciudadano que no tenia más derecho que el de implorar la caridad pública.

Ahora, preciso es confesarlo, ha conquistado un derecho más; puede elegir entre el Hospicio y el Saladero, puede pedir ó tomar.

Urbanamente considerado el caso, el pobre es una inmundicia pública que es preciso barrer.

Hay además otra cuestion compleja, que es industrial por una parte, social por otra, moral por todas.

Dentro del infeliz que pide limosna puede ocultarse un vago. Esto es verdad. La Caridad puede ser estafada. Esto es claro. El hambre puede servir de disfraz á esa estafa. Esto es cierto. El pobre es un cómplice inocente de esa ratería. Esto es indudable. Suprímase la miseria. Esto es absurdo.

Eso es igual á esto:

Suprímase la moneda porque hay duros falsos.

Pero el ser vago es una industria como otra cualquiera. Vago no es el que no hace nada sino el que no hace nada útil.

Suprimida la miseria, perseguida el hambre por los agentes de la autoridad, el pobre no puede pedir limosna y el vago continúa pidiéndola.

Un dia canta, otro dia baila, otro dia salta, otro dia corre la ciudad con dos ratas y un gato, otro dia brama por la boca de un clarinete á cuya música baila un perro, ó lo que es peor un niño, ó lo que es peor todavía una niña.

El pasa su vida lo mismo: de dia por las

calles recogiendo dinero y de noche gastándolo en la taberna.

A él ¿qué mas le da?

La alabanza ha llegado ya á ser más temible que el insulto.

El sol es al cielo lo que la mirada á los ojos; un dia sin sol es un estanque sin agua, un pájaro sin plumas, un tiesto sin flores, un corazon sin esperanza.

En los corazones tristes siempre es de noche.

La tinta debe ser negra, porque la palabra es siempre oscura.

¡Qué verdad nos parece todo aquello que tenemos interés en que no sea mentira!

Una opinion política es casi un oficio.
No sé yo cómo podrian vivir muchos hombres si no tuvieran á la mano una opinion siquiera.

La verdad es muchas veces triste porque no ha contraido nunca el compromiso de estar siempre alegre.

Mucho bueno y poco malo, son dos cosas igualmente imposibles; porque lo bueno no puede ser nunca mucho ni lo malo es jamás poco.

Siempre que veo un niño digo: este viene.
Siempre que veo un anciano digo: este se va.

En el público se encuentra siempre de todo: lo único que no se halla nunca es juicio.

El público es el niño más viejo que se conoce.

No hay nadie que separe tanto á dos hombres como el canto de un duro.

Los lazos de la amistad, los vínculos del cariño, los nudos de la familia se cortan muchas veces con el filo de una peseta.

Observar bien en qué género de agrupaciones se va convirtiendo la masa humana.

Todos son sociedades de crédito, compañías comerciales, industriales, mercantiles; hombres unidos por los vínculos del negocio.

Con el tiempo será imposible ser ciudadano sin ser sócio.

La asociacion acabará con la sociedad.

Preciso es que para el desarrollo completo del espíritu elemental de nuestra época todo se convierta en mercancía.

Preciso es que entren en el ancho raudal de la prosperidad pública los sentimientos, las virtudes, las opiniones y la conciencia.

La libertad individual se veria sériamente comprometida si el hombre no pudiera venderse.

Una seña imprudente, un billete indiscreto puede vender á una mujer, ¿y no ha de poder ella negociar su hermosura, cotizar su juventud y hacer almoneda de sus encantos?

Una puerta medio cerrada, un sereno despierto, una palabra, média tal vez, la menor imprudencia pueden vender á un hombre, ¿y no podrá él sacar á pública subasta su talento, su insolencia ó su adulacion?

Me parece mucho más infame la esquina á cuya sombra se oculta el asesino, que el asesino mismo.

Esto se lo digo á los hombres de bien.

No podemos desconocer que vivimos en una sociedad admirablemente limpia. A todo se lava las manos.

ÍNDICE.

—





